

SEGUNDO CONCURSO DE

CUENTOS Y POESÍAS

“CORA RENARD”

2025

“CUMPLEAÑOS”

DECRETO Nº 7.587/25.-

CAÑADA DE GOMEZ, 29 de Octubre de 2025.-

VISTO:

El desarrollo del “*CONCURSO CORA RENARD*”, que se lleva a cabo anualmente desde el año 2024, celebrándose en esta oportunidad su Segunda edición, a realizarse el 1º de noviembre de 2025 en el Centro de la Juventud; y

CONSIDERANDO:

Que el mencionado concurso tiene por objetivo fomentar la escritura ficcional y promover todo lo que surge antes, durante y después de ella: el intercambio cultural, la creatividad, las pausas reflexivas, el encuentro entre ciudadanos de diferentes localidades y edades, y la participación colectiva en temáticas que estimulan la imaginación y los procesos internos de autoconocimiento;

Que el certamen se realizó por primera vez el año pasado, con vocación de constituirse en un evento anual dentro del calendario cultural de la ciudad, favoreciendo el crecimiento sostenido de la participación comunitaria y el fortalecimiento de los espacios de expresión literaria;

Que lleva el nombre de Cora Renard, en homenaje a la reconocida docente cañadense que dedicó su vida a fomentar la lectura y la escritura, siendo además un pilar fundamental en la ciudad para quienes aman las letras;

Que, tras su fallecimiento, su familia legó a la Municipalidad de Cañada de Gómez su valiosa biblioteca personal, la cual se encuentra actualmente en la Biblioteca “Cora Renard” del Museo Municipal “Elías Bértola”, donde los y las cañadenses continúan nutriendo su amor por la lectura;

Que esta actividad, de carácter académico, cultural e institucional, reviste gran importancia para la comunidad toda, constituyendo un espacio de aprendizaje, creatividad y encuentro ciudadano, por lo cual se estima corresponde declarar la misma de Interés Municipal.

POR ELLO:

En uso de las facultades que le son propias;

EL INTENDENTE MUNICIPAL

DECRETA

Art.1º.-Declarar de INTERÉS MUNICIPAL, el “CONCURSO CORA RENARD”, a realizarse el día 1º de noviembre de 2025 en el Centro de la Juventud, en reconocimiento a su aporte a la cultura, la educación y la promoción de la escritura creativa en nuestra comunidad.

Art.2º.-Hágase entrega de copia del presente Decreto a los organizadores del Concurso, a los efectos pertinentes.

Art.3º.- Cúmplase, publíquese, comuníquese y dese al R.M..-

CATEGORÍA C

ADULTOS

PRÓLOGO

El jurado del Concurso Literario Cora Renard celebra la notable participación de autores y autoras en esta nueva edición, quienes, desde miradas diversas, lograron convertir el motivo del cumpleaños en una exploración poética, narrativa y simbólica del paso del tiempo, la identidad y los vínculos humanos.

Al evaluar las obras, priorizamos la creatividad y la originalidad en el abordaje del tema: muchos textos se apartaron de la idea festiva tradicional para revelar su reverso emocional —la nostalgia, la pérdida, la memoria, el deseo de renacer—, demostrando una búsqueda expresiva que trasciende lo anecdótico.

En cuanto a la calidad lingüística, se valoró especialmente el cuidado del lenguaje, la coherencia estilística y la eficacia de las imágenes y estructuras narrativas o poéticas. Cada texto premiado y destacado se distingue por un trabajo consciente de la palabra, capaz de conmover, sorprender o provocar reflexión.

Respecto del uso de los recursos propios de cada género, las obras seleccionadas evidencian una comprensión profunda de las posibilidades del cuento y la poesía: desde la tensión y el ritmo narrativo en la prosa hasta la musicalidad y el pulso interior del verso. En ambos casos, los autores logran equilibrar forma y contenido, ofreciendo textos completos en sí mismos y abiertos a múltiples lecturas.

El jurado destaca la diversidad de voces y estilos que conforman este certamen, reflejo de una comunidad literaria que se mantiene viva, comprometida con la palabra y con el poder transformador de la escritura. En el tema elegido — cumpleaños— se reconocen no solo los años que pasan, sino también los que se ganan en la experiencia de narrarse y de reinventarse a través de la literatura.

En todos los casos, se advierte un verdadero compromiso con la escritura y con el poder de la literatura para reinventar lo cotidiano. Las obras premiadas y destacadas son, justamente, aquellas que logran unir la emoción con la forma, y que nos recuerdan que celebrar también puede ser una manera de mirarnos y de seguir creando.

Felicitamos a todos los y las participantes por animarse a escribir, por soplar palabras en lugar de velas, y por compartir, desde distintas perspectivas, su propio modo de celebrar la vida.

CUENTOS

PRIMER PREMIO

LADOS B

HERNÁN FEDERICO SEMINO

Hernán Semino nació en Brandsen, Provincia de Buenos Aires, en 1978. Técnico Superior en Turismo, trabaja en la preservación del patrimonio cultural bonaerense, en dependencias de la Dirección Provincial de Patrimonio Cultural. Su primer cuento publicado fue en la revista española, Cuentos para el andén. “Pasajero Errante”, fue su primer libro de cuentos, publicado en 2014. Ganador del “Yo te cuento Buenos Aires” 2020 (CABA) y finalista del VIII Concurso Osvaldo Soriano de la UNLP. Ganador del Concurso Relatos en Pandemia de la Biblioteca Braille de la Provincia de Buenos Aires y Primera mención en el 1º Concurso Literario de la Biblioteca Popular de Villa del Parque (CABA). Participa como escritor en el “El proyecto ‘Libros Solidarios’, que hace años lleva adelante la cátedra Lenguaje Visual 3 de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente se encuentra trabajando en su segundo libro de cuentos.

LADOS B

SEUDÓNIMO: MR. JONES

Era viernes y Carlos acababa su jornada laboral en la fábrica de huevo en polvo. No se lo había dicho a nadie aún pero cada vez lo soportaba menos. Convivir todo el día con el cacareo constante y ensordecedor de las gallinas le recordaba a los fines de semana en su casa. Era casi lo mismo para él. La diferencia era sutil. Como la que hay entre ser un hijo de puta y ser de puta madre.

Carlos entraba unos minutos antes de las ocho de la mañana, y apenas marcaba tarjeta, no veía la hora de salir. Las doce horas que pasaba controlando que un grupo de personas alimentara bien a las gallinas, eran de chicle. Se le estiraban tanto que le parecían veinte. Así de repetitivos eran sus días, como un bucle del tiempo. A las ocho de la noche, marcaba la salida y caminaba cansino las cuatro cuerdas que separaban su casa de la fábrica. Sólo un día al año, alteraba su rutina. El de su cumpleaños. Ese día transcurría igual a cualquier otro con la diferencia de pasar, a la salida de la fábrica, por el almacén de Tito a comprar unas cervezas.

Lo que Carlos necesitaba era trabajar sin ir a la fábrica. Pero no desde su casa. Es que estar en ambos lados le resultaba cómo estar en uno sólo, en el mismo. Lo que a él le serviría sería no estar en ninguno de los dos sitios. Hacer las cosas desde otro lugar, o bien hacerlas pero como si fuera un fantasma. Ir y venir sin que nadie notara su presencia. Ser invisible. Eso necesitaba.

Era viernes, y ese viernes Carlos cumplía años. Al traspasar los límites de la fábrica enfiló directo para el almacén. Charló con Tito dos minutos sobre un penal mal cobrado a River el domingo pasado y acordaron que el Pulga Fernández no podía faltar en el equipo titular que en un rato nomás, enfrentaba a Vélez por la Copa Libertadores, y se llevó un pack de cervezas sin saber que al llegar a su casa no podría disfrutarlas como tenía previsto, no porque su esposa le acribillara el oído con su voccecita chillona como era de costumbre, sino porque recibiría una sorpresa.

Tito le dio el vuelto y le dijo a Carlos que le mandara saludos a Manuel, otro fana del “millonario” que hacía tiempo no lo veía por el almacén. La última cuadra Carlos las hizo pensando en él. Hacía ya unos meses que no tenían con Manuel alguna charla que los uniera, ni gol de River que les ameritara abrazo. Pasó de “papá genio” a “papá pesado” con la misma rapidez con la que sube las escaleras y se mete en la pieza cada noche que regresa a su casa de la fábrica. Para Manuel, él sí que era un fantasma.

A Carlos nunca le gustó festejar su cumpleaños. Ya de chico odiaba que se lo cantaran y hasta detestaba la ceremonia de tener que poner una sonrisa falsa para que lo aplaudan frente a la torta. Ni

hablar de tener que soplar las velas, luego de escuchar la orden del tío Paco que siempre lo instigaba a pedir los tres deseos antes. Esa noche, Carlos no pretendía otra cosa que la de llegar a su casa, subir hasta la pieza, prender la tele, ver el partido de River y tomarse las cervezas, nada más.

La luz del frente de la casa estaba prendida como todas las noches, pero cuando abrió la puerta, la casa estaba a oscuras. Tanta suerte lo distrajo por un momento del ahogo de su jornada laboral. Que en su cumpleaños no hubiera nadie era perfecto. Tanteó la pared buscando el interruptor y cuando lo levantó encendió junto con la luz, una estampida de voces que lo arrolló al grito de: “¡Sorpresa!” Era un puñado de seres indeseables que se encontraba atrincherado detrás del sillón. Lo primero que vio fue la pelada brillante y reluciente de su jefe. En su boca asomaba una expresión inusual. Se ladeaba de un lado a otro de la cara mostrándole en los dientes, la ventanita que tenía entre las paletas. Hasta ese momento le desconocía la sonrisa. Carlos se quedó estaqueado a la entrada. Todavía no había logrado cerrar la puerta cuando escuchó a su mujer pedir a gritos que le dieran “play” a la música para mostrarle, por primera vez en diez años, su “lado b”. Nada parecía sobrevivir de su frigidez cotidiana. Se comportaba como el reptil de siempre, pero totalmente despojada de su frecuente inapetencia sexual. Su boca curiosa buscaba chocar con la de Cabral, el telemarketer de la fábrica, o con la de Jiménez, el revisor de cuentas o con cualquier otra boca furtiva que anduviera por ahí dispuesta a recibir su lengua bífida, obsesionada esta vez al parecer, en llevar placer y no veneno.

Carlos dejó el pack de cervezas en el suelo y cerró la puerta. Su hijo Manuel, estaba en el baño con la puerta abierta depilándose, sin un mínimo rastro de decoro, el pubis al estilo brasileiro. A cada tanto se le asomaba Frinella, la recepcionista de la fábrica que aprobaba levantándole el pulgar la perfecta disposición de la finísima hilera de vellos hacía el ombligo. Carlos no sabía que a Manuel le gustara algo del país carioca. Cómo vive enfrascado en su mundo de videojuegos y de carente interacción social real, no esperó jamás que algún día coincidieran en algo. A Carlos le encantaba la música brasileira.

Sobre el sillón estaba Teleco, el del camión de repartos, que cacareaba en cueros mientras Pineda y Brascero, las dos cascarrabias de Control de Calidad se pasaban un hielo de boca en boca. Al que Carlos no veía por ahí era al “Ronco” Martínez. Un tipo misterioso encargado de vacunar a las gallinas, un tipo que habla poco y que todos los mediodías en la fábrica le clavan sus ojos achinados cuando se encuentran en el dispenser de agua. Carlos cree que el Ronco está enamorado de Carla, la secretaria del pelado infame de su jefe. Sospecha que no le perdona la noche del aniversario de la fábrica del año pasado cuando se le llevó al “Ronroneo II”, el famoso telo que está sobre la ruta.

El jefe se le acercó a Carlos para darle un vaso de cerveza, y se alejó enseguida sonriéndole, otra vez, con esa mueca terrorífica. De pronto, la voz chillona de su esposa se impone por sobre la música. Vení mi

amor, le dijo, vení que soplamos la velita. Pineda y Brascero largaron la carcajada y el hielo se cayó en el escote de esta última. La velita, dijo Teleco que no paraba de aletear en el sillón. La veliña, dijo socarronamente Frinella que se encerró con Manuel en el baño. Carlos procuró sostener el vaso de cerveza con el pulgar y el mayor para poder levantar el índice y hacerle con la otra mano una especie de techito poniendo recta la palma hacia abajo. No tardes mucho amorcito, volvió a gritarle su esposa.

Mientras Carlos subía la escalera vio al gato relamer la torta y recordó ahí, vaya a saber por qué, que ese día también el Ronco cumplía años y aunque no lo conocía, lo envidiaba. Se lo imaginó enseguida tirado en la cama, viendo tranquilo a River (por más que no supiera de qué cuadro era, lo extrapolaba a él) disfrutando una cerveza bien fría. Se acordó entonces del partido, subió a la pieza y lo primero que hizo fue prender el televisor. River ya ganaba uno a cero. Sólo iluminado por la luz azul de la pantalla cerró la puerta de la pieza, dejó la cerveza en la mesa de luz, se quitó la ropa, subió el volumen del partido y se metió a la cama. Apoyó la espalda contra el respaldo y se estiró para agarrar la cerveza. River casi metía el segundo cuando tomó un sorbo largo. Estaba helada, riquísima. Saboreaba con la lengua la espuma que le quedaba sobre el labio superior cuando sintió una cosquilla a la altura de la rodilla. Quitó la pierna del lugar casi sin querer, por un impulso espasmódico. Enseguida percibió una presencia entre las sábanas. La cosquilla regresó pero a modo de caricia. Iba subiendo en zigzag desde el muslo hacía la entrepierna. Carlos repasó mentalmente lo que había visto abajo. ¡Carla! ¡Carlita! Faltaba ella. Le permitió entonces a la caricia continuar su curso. El hecho de que ella hubiera birlado a todos y lo estuviera esperando desnuda en la cama le hizo esbozar una pequeña sonrisa de satisfacción. Acarició el bulto amorfo en la sábana y se entusiasmó con que aquello del aniversario de la fábrica en el Ronroneo II se repitiera:

- Así que vos sos mi regalo de cumpleaños – pronunció Carlos libidinosamente.
- No – le contestó una voz ronca – Vos sos el mío.

COMENTARIOS DEL JURADO

En “Lados B”, el autor o autora se asoma al territorio gris de la vida cotidiana para revelar el abismo que late bajo la costumbre. Lo hace sin estridencias, con una prosa objetiva y observacional, que expone la erosión del deseo y la identidad en la vida de un hombre común. Carlos, el protagonista, trabaja en una fábrica de huevo en polvo, un escenario donde “las doce horas que pasaba controlando que un grupo de personas alimentara bien a las gallinas, eran de chicle”. Esa materia blanda y repetitiva que estira el tiempo se convierte en metáfora del tedio que lo aprisiona: “Así de repetitivos eran sus días, como un bucle del tiempo”.

En su mundo, el ruido constante, la rutina y el fútbol televisado forman un decorado anodino. La fábrica y la casa se confunden: dos espacios que, lejos de oponerse, se espejan. Leemos: “Lo que Carlos necesitaba era trabajar sin ir a la fábrica. Pero no desde su casa. Es que estar en ambos lados le resultaba como estar en uno solo, en él mismo”. Esa identidad circular, sin afuera posible, revela la alienación del sujeto contemporáneo: el trabajo no solo consume el cuerpo, sino también el deseo.

Aborda el tema del cumpleaños desde una perspectiva original y perturbadora, alejándose deliberadamente de toda celebración convencional. En lugar del festejo luminoso, el relato nos introduce en el reverso de la rutina: un hombre atrapado en la monotonía laboral y en la erosión de los vínculos cotidianos encuentra en su cumpleaños el punto de inflexión entre la apariencia y el deseo reprimido. Esa inversión de sentido —donde la fiesta sorpresa deviene amenaza y la alegría se torna siniestra— constituye uno de los mayores logros del texto en términos de creatividad y originalidad. Desde el punto de vista de la calidad lingüística, el cuento se sostiene en una prosa contenida y precisa, que evita el exceso descriptivo y se apoya en imágenes breves pero contundentes. La economía expresiva y la elección de un registro coloquial permiten que el lector sienta la monotonía del protagonista antes de que la irrupción del evento festivo desestabilice toda normalidad.

El cuento apunta al reverso de esa monotonía. El título, “Lados B”, evoca lo que queda fuera del éxito o de la superficie audible: el fragmento oculto, reprimido. La irrupción de la fiesta sorpresa rompe la rutina, pero no como celebración, sino como amenaza. Al abrir la puerta y encontrar la oscuridad, Carlos siente una sospecha apenas contenida: “Tanta suerte lo distrajo por un momento del ahogo de su jornada laboral. Que en su cumpleaños no hubiera nadie era perfecto”. Cuando la luz se enciende y

estalla el “¡Sorpresa!”, la escena se vuelve siniestra: lo esperado se invierte, la felicidad se vuelve impostura.

En relación con el uso de los recursos narrativos, el cuento demuestra un manejo maduro del punto de vista y del tono. La narración en tercera persona mantiene una distancia que amplifica el efecto de extrañamiento. El cierre, con su giro produce una inversión simbólica que resignifica toda la trama y deja una inquietud persistente en el lector. Esa tensión entre lo erótico y lo ominoso funciona como el verdadero lado B de la existencia, metáfora del deseo latente bajo la vida ordinaria.

Con una escritura contenida, sin adornos, el autor construye un retrato ferozmente contemporáneo. “Lados B” no ofrece redención ni catarsis: apenas ilumina la grieta entre lo que mostramos y lo que escondemos. En la superficie, un hombre cansado; en el reverso, la sombra que late y espera. El texto se destaca, finalmente, por su capacidad de transformar un motivo cotidiano —el cumpleaños— en una exploración de la alienación moderna, donde la fiesta no celebra sino revela. Con precisión formal y un sutil manejo del suspenso, “Lados B” propone una mirada singular, inteligente y arriesgada sobre los ritos de la vida adulta.

En ese juego entre luz y sombra, deseo y violencia, el relato encuentra su pulsación más profunda. La esposa, antes una figura lejana, aparece ahora “brillante y reluciente” como su jefe, mientras una “expresión inusual” se instala en su rostro. El “lado B” de Carlos emerge entonces: el deseo reprimido, la confusión entre placer y dominio, entre ser y ser poseído. El desenlace, tan perturbador como ambiguo, invierte los roles: “—Así que vos sos mi regalo de cumpleaños —pronunció Carlos libidinosamente. —No —le contestó una voz ronca—. Vos sos el mío”.

El autor o la autora logra en ese cierre una síntesis perfecta entre ironía y tragedia. La voz femenina que clausura el cuento no solo subvierte la dinámica de poder, sino que también, devuelve al protagonista —y al lector— la pregunta central: ¿qué ocurre cuando el lado oculto de la vida cotidiana reclama su lugar?

Prof. Soraya Righetti

SEGUNDO PREMIO

CELEBRACIÓN PROFESIONAL DE CUMPLEAÑOS

CONSUELO HAMEL RIVAS

Consuelo Hamel Rivas. Nace en Santiago de Chile en abril del 1964. Se encanta con la lectura desde la infancia, motivada por su familia y profesora de castellano del colegio. A los 8 años, leyó “Heidi” y “Corazón”, libros que la marcaron profundamente. Siempre tuvo una veta artística y terminado el colegio quería estudiar Teatro. Sin embargo, en esa época la carrera estaba cerrada en la Universidad por estar en plena dictadura. Terminó estudiando Ingeniería Comercial por consejo de su padre. Cursó una maestría en economía y políticas públicas, becada por el BID, en el Instituto Di Tella de Buenos Aires. Ha trabajado por más de 20 años en el sector público en el área de salud; formulando y evaluando proyectos de inversión. Siempre ha leído y asistió por más de ocho años a un taller de lectura. Actualmente escribe cuentos para expresar y articular sus experiencias y dejar un testimonio que inspire a otros a reflexionar. Asistió a dos talleres de narrativa, separados por un intervalo de treinta años. Estos espacios la han impulsado a continuar por este camino y a participar en certámenes literarios, considerando la escritura como una vía para expresar sus ideas y perspectivas de manera personal.

CELEBRACIÓN PROFESIONAL DE CUMPLEAÑOS

SEUDÓNIMO: JUANITA RIVAS

Llego al trabajo, como todos los días a las siete y media de la mañana. Al entrar al espacio compartido, no veo mi silla. Le pregunto a la enfermera maquillándose si la vio.

—No me fijé —contesta sin mirarme.

Extrañada, le pregunto a la doctora del lado de la izquierda. Tampoco sabe nada. Están muy ocupadas. La enfermera del frente, cada diez minutos se hace preguntas y se responde. La doctora a la izquierda, ordena su escritorio por octava vez. Prenden las luces blancas y brillantes sobre mi cabeza, aunque afuera hay un sol radiante.

Estamos hacinadas en este espacio. Apenas puedo moverme. Ahora parece más grande que antes, mi silla ergonómica no está. Me llevó cinco años conseguirla, se ajustaba perfectamente a mí y ahora ha desaparecido. ¿Cómo voy a aguantar ocho horas en este lugar, sin mi silla? No podré relajarme después del almuerzo, ni escuchar mi meditación sobre el propósito de vida, así como tampoco participar en la reunión mensual programada con el hospital.

Estoy en su búsqueda. Voy a la oficina del medio, donde conviven seis personas, aunque la mayoría del tiempo solo hay una o dos. Las otras están con licencia, en un diplomado de género o de vacaciones. Los escritorios están distribuidos a lo largo de las paredes, como barcos encallados y en el medio una gran ballena blanca varada, sobredimensionada para el espacio, conocida como “la mesa”. A los lados de su espinazo, veo a numerosas personas congregadas. Creo que están en una reunión sobre cómo resolver las listas de espera sanitarias, que son cada vez más largas, crecientes e insolubles. Sin embargo, están discutiendo sobre farándula nacional, ofertas de ropa, crianza de niños según Google, entretenimiento de moda, descuentos en cosméticos y perfumes, seguros baratos y dispositivos de rastreo en caso de robo de autos. La iluminación blanca y brillante del techo, junto con las voces y risas, inundan el ambiente. Interrumpo con grandes disculpas y pregunto si han visto mi silla negra ergonómica, con un cojín adosado para la lumbar. Me miran asombradas y me contesta mi jefa molesta por la interrupción, que no la ha visto que le pregunte a la secretaria. Miro inquisitivamente si

una de las sillas es la mía. La identifico porque una de las ruedas está bloqueada. No la veo, aprovecho el viaje y me preparo un café sin azúcar.

Voy donde la secretaria. Está muy ocupada comiendo unas papas fritas con ketchup. “Un desayuno poco tradicional” — pienso. Me mira levantando su vista del celular. Me muestra un TikTok sobre un gato pequeño persiguiendo a un perro gran danés. La silla no la ha visto me dice.

Jaime, mi exjefe, me llama para tomar el tercer café del día cruzando la calle. No tengo silla para trabajar, así que respondo afirmativamente. Damos nuestra vuelta habitual, observando las hermosas casas antiguas, algunas ahora Universidades, Museos, Fundaciones y un Centro Scout. Conservan los pisos y baldosas blanco y negro del siglo XIX, las puertas de madera tallada, las molduras en el techo y los pasamanos elaborados de las escaleras. Le cuento que mi silla desapareció. Me recuerda que cada día nuevos residentes, funcionarios y operadores políticos se instalan en el edificio. En los últimos tres años, el número de personas en el edificio se ha cuadruplicado. Seguro, le pasaron tu silla a uno de los nuevos concluye.

No puedo creer que me hayan robado la silla que tanto me costó conseguir. Años antes esto no habría pasado. Estaba ocupado realizando estudios de prefactibilidad para la construcción de nuevos hospitales desde cero. Los que están en funcionamiento son obsoletos. Algunos se construyeron después de la Segunda Guerra Mundial, con techos en forma de cruz para ser visibles desde el cielo y evitar bombardeos. Actualmente, se da prioridad a la obtención de certificaciones en estándares de conciliación familiar, prevención y tratamiento de violencia de género e intrafamiliar, así como en el ámbito laboral. A pesar de esto, las denuncias de acoso se acumulan en la oficina de jurídica.

Llegamos de vuelta a la oficina. Nada ha cambiado. Mi computadora está apagada y la silla no está. La doctora y la enfermera están mirando el celular y no se han movido de sus escritorios. ¿será hora de irme? He estado veinte años en ese lugar. Han pasado diversos funcionarios y autoridades según el gobierno de turno. Se espera que, en cada ocasión, se preste atención a los problemas de salud graves e inmediatos que afectan a las personas con menos recursos. El nuevo director del Hospital antes ocupó el puesto de gerente en un establecimiento nocturno del puerto. La recién nombrada subdirectora de gestión asistencial tenía experiencia laboral en una farmacia del centro. La jefa de vacunas estaba encargada de la estación de enfermería de un colegio, y el responsable de equipamiento médico había trabajado en un taller mecánico.

Reviso el saldo de mi cuenta corriente; no se ha depositado mi sueldo con el bono incluido. Busco en la oficina del fondo, la silla no aparece. Bajo al patio y me siento en las bancas. El departamento de calidad instaló bancas verdes y blancas, ceniceros grandes y plantas ornamentales en la zona de

fumadores para mejorar el clima laboral. Las bancas están ocupadas durante las ocho horas de trabajo diarias, parece un paradero de micro en la hora pico.

Me acuerdo de la reunión con el Hospital. Subo apurada al ascensor, la reunión en línea está por comenzar. Voy a ver a mi jefa para confirmarlo. Me dice que se suspendió la reunión por que se celebraran los cumpleaños del mes a esa hora. Me siento en la entrada mirando mi celular. Tengo una hora y media aun de espera, para marcar en el reloj de control. Me jefa me llama:

—Estamos listas para celebrar los cumpleaños, para que vengas.

Me visto con mi mejor sonrisa y voy. Al entrar me engalanan con una banda de reina con mi nombre y me ponen una corona de papel rosado en la cabeza. Veo mi silla con la rueda trabada, decorada con globos y serpentinas, en la cabecera de la mesa sobredimensionada. ¡Por fin!, - reflexiono y me dispongo a tomar asiento. Mi jefa me mira y señala otra silla cercana.

—Esa es mi silla que he buscado todo el día, —le digo señalándola.

Me mira indiferente y levanta sus hombros, no dice nada. Mi silla es ocupada por una persona que no había visto. Tiene pelo largo, barba frondosa, tatuajes en la cara y lleva una falda de jeans con botas militares. Una colega le pide que levante el brazo derecho para ponerle una banda de reina con su nombre, Bernardite, y encaja una corona de papel plateado en su cabeza.

—Les presento a Bernardite, quien estará a cargo del departamento de género, llegó hoy y aprovechamos para celebrar su cumpleaños junto con los demás de este mes. Por favor, denle la bienvenida, —solicita mi jefa.

Están todos sentadas en la mesa alrededor de una gran torta de merengue rosada y amarilla, con velas de colores y perlitas de adorno. Aplauden a la recién llegada. Apagué las velas junto a las demás personas celebradas. Me paro enseguida. Fijo mi mirada en Bernardite, mientras sostengo el plato con torta en la mano. Mi jefa me mira asustada. Paso rozando mi silla y voy hacia la puerta. Todas enmudecen. Reviso mi celular. Mi cuenta muestra el depósito de mi sueldo con el bono sustancioso. Voy a mi oficina y prendo el computador, borro todos los archivos de mis documentos y correos. Se perciben las voces y risas provenientes de la oficina contigua. Bajo al hall y veo en el reloj control, que aún queda una hora para salir. Me despido de los guardias. Sin marcar. En mi escritorio queda la banda de reina tirada junto con el pedazo de torta a medio comer, como trofeos de una larga carrera profesional.

COMENTARIOS DEL JURADO

En primera persona, la voz narradora de esta pequeña Odisea nos toma de la mano desde el primer renglón y nos lleva con ella a recorrer su lugar de trabajo, su actividad habitual, partiendo de un hecho insólito: la desaparición de su silla ergonómica, casi un símbolo de sí misma y de su trayectoria. Nos sorprendemos con una abundante descripción del lugar y con la narración de hechos que generan en el lector una inquietud que crece a medida que vamos corroborando que dicha silla no aparece. ¿Peligra entonces su estabilidad laboral?

El cuento genera abundantes preguntas en búsqueda de lógica, pero no la hay. A través del absurdo y del humor se hace la crítica social. Muy bien manejada la tensión que crece y nos desconcierta, cada vez más, al punto que ya nos creemos con derecho a la protesta y a ofrecer nuestra solidaridad.

Es atinado el uso de recursos estilísticos, que no abundan, ya que el texto avanza a través de sucesivas acciones que se encadenan para generar más incógnitas. ¿Dónde está la silla? Pero en todo este transcurso de lugar en lugar, nos deleitamos con el uso de la ironía-recurso que da un rasgo distintivo al cuento - puesta al servicio del análisis incisivo de las condiciones de trabajo, de las responsabilidades de cada uno.

Nada parece estar en su lugar. Una enfermera se maquilla, personas con licencia o de vacaciones, buscadores de TikTok y Google, discutidores de la farándula...Nadie trabaja. Casi al final, navegando en este sinsentido muy bien logrado, la silla aparece. También hay festejo cumpleañosero y a estas alturas, nosotros, los lectores, no podemos dejar de transformar nuestra sonrisa en sonora carcajada, para inmediatamente después reflexionar sobre las incongruencias de la vida y la condición humana.

Prof. Mary Borsini Maccari

TERCER PREMIO

HIJOS DE VECINO

FRANCISCO ARIEL CABELLO

Francisco Cabello vive en Cañada de Gómez. Sueña con un mundo donde se respete a los animales y la naturaleza. Profesor en Letras (UNR). Especialista en Lectura, Escritura y Educación (FLACSO). Magíster en Psicología del Conocimiento y Aprendizaje (FLACSO).

Ganó el concurso de ensayos de la Editorial Fundación la Hendija, por Tensiones y desafíos en la escuela (2020), colaboró en la antología de ensayos La crisis del sentido común (2022), también escribió poesía para Historias al azar (2025), Antología Nosotras del Club Social Español y del grupo GEN de Mendoza (2010 a 2014). Ha publicado artículos de su especialidad en diversos medios. Recientemente, obtuvo el 3° Premio de cuento, del Concurso Literario Internacional Cora Renard, de Cañada de Gómez.

Enseña en instituciones de nivel medio y superior.

HIJOS DE VECINO

SEUDÓNIMO: ANA PORRÚA

Atrás quedaron las colillas de cigarrillos, los perros y los gatos sueltos, la tierra y la pelusa de la aspiradora, las bolsas de basura rotas, los bofes, los huesos de costeletas y los baldes de orina, en la vereda.

Los yuyos cortados y tirados contra el pilar de la luz.

Los insultos por la Chicha, el Fausto y el Capi a las diez de la mañana un domingo.

Los pedazos de membrana asfáltica, las chapas, el barro y los cueros de pollos podridos enterrados a la par del tapial del fondo.

La camioneta subida a la vereda para reventar los caños de agua y gas.

Los pedrazos al techo. Las cañitas voladoras arriba del dormitorio de los perros.

El basural al costado de la casa.

Ahora los vecinos, en cambio, tras invitarse solos, le festejan el cumple. La negra Armstrong cae con un bizcochuelo decorado de tres pisos. El Ceja lleva fernet y aguas saborizadas para el cumpleaños. El aspirador hace el asado carnívoro y vegano por ser tu día, le dice. La inglesa le prepara varios pudding.

Vos sentate y descansá que sos el agasajado.

Brindaron hasta la madrugada.

Al día siguiente, su familia se alarmó porque no contestaba los WhatsApp. A la tarde, su novia entró a la casa, los perros llenos de miedo, él no estaba por ningún lado, todo brillaba excepto el inodoro donde encontró coágulos de sangre, una oreja de animal color marrón, similar a la de una perra suya recientemente muerta, y pedazos de torta.

COMENTARIOS DEL JURADO

Cumpleaños. Propicios para generar por sí actitudes positivas, relaciones distendidas y aceptaciones que quizás no cabrían en el común de los días. Todos quieren celebrar con el homenajeado, compartir brindis y buenos bocados. Fotos con calor de abrazos... Por este festejo, se hace una tregua en lo cotidiano. Lo cotidiano, traducido en agresiones y desprecios...porque así, de manera violenta fueron los aprendizajes, las continuas frustraciones, las carencias atroces que marcaron a fuego la realidad dura del barrio. Por eso no hay escapatoria en esta encerrona de la pobreza...

Tal cosa sucede en Hijos de vecinos, este breve cuento que irrumpe con prepotencia en las formas y en el estilo. A fuertes codazos se hace un lugar dentro de las reglas establecidas. Nos hace pensar, nos intranquiliza, nos sacude... Conciso, económico en figuras estilísticas, pero abriéndose paso con una estructura bien armada, vertebrando todas las oraciones de la primera parte alrededor de las palabras "atrás quedaron...", mostrando formas audaces, nos dice mucho. Eso que nos dice es sobre un crimen atroz. Lo leemos en el desenlace. Y no tenemos oportunidad de reacomodarnos, de defendernos. Un buen golpe de la literatura, de la literatura que dejando atrás usadas y remanidas fórmulas, nos arroja a la cara la dura realidad de muchos.

Prof. Mary Borsini Maccari

MENCIÓN ESPECIAL

LOS QUINCE DE LAURITA

DIEGO ANTONIO LÓPEZ

Diego Antonio López ha nacido en Rufino, Santa Fe. Es Diplomado en Teoría y Producción Literaria (SADE - Universidad de Villa María) y ha cursado el ABC de la literatura creativa en El Rojas (UBA). Además, es Psicólogo social y todos sus escritos abordan temáticas de índole sociocultural.

Ha recibido varios premios literarios en el género cuento en certámenes nacionales e internacionales, otorgados por diferentes filiales de SADE y otros entes culturales. El género que aborda es el cuento breve y la novela. Actualmente trabaja en la preparación de sus primeros libros en ambos géneros.

LOS QUINCE DE LAURITA

SEUDÓNIMO: AUGUSTO VILLÁN

Vos te estarás preguntando por qué tengo el ojo así. Me pegó mi mujer. No, tranquila, ni sospecha. Me pegó mi mujer, de verdad te lo digo. Y no me da vergüenza decirlo, al contrario: ¡estoy orgulloso de que me haya dejado el ojo en compota! Esperá, déjame que te cuente cómo viene la mano. ¿Te acordás lo que me había pedido Laurita para sus quince? Claro, porque resulta mi mujer no tuvo fiesta para sus quince. Fueron épocas difíciles; éramos jóvenes, ella quedó embarazada de muy chica, tuvimos que crecer de golpe, te imaginás. Por eso mismo es que ella deseaba que le hiciéramos a Laurita la mejor fiesta de su vida. De algún modo, quería que nuestra hija viviera lo que ella no pudo, vos me entendés, te debe pasar con la tuya. Yo sabía que Laurita prefería un viaje antes que la fiesta. Sin embargo, le dio el gusto a su madre.

Lo difícil empezó después. No había manera de separar a mi mujer de los preparativos; quería estar con las manos y los ojos en cada detalle, viste cómo es ella de intensa. Y le agarró la loca, obvio; se había encaprichado con una torta de tres pisos, ¿para qué tanto?, digo yo. Encima la quería con forma de corazón, vos fijate. El problema era que no confiaba en ninguna repostera, todas les parecían unas inútiles. Una madrugada, dando vueltas en la cama, de la nada, escuchá, me dijo: la voy a hacer yo misma. Yo no le contesté ni le pregunté nada; al rato me di cuenta de qué estaba hablando.

También se obsesionó con el vestido de Laurita: lo soñaba blanco, con volados en la falda y los hombros descubiertos. Que se ciña bien al talle, le dijo a la modista. Yo vi las fotos de unos modelos y pensé: ¿quién se casa? ¿la reina Máxima Zorreguieta? Eran unos diseños de la puta madre, te lo juro. Y no es por tacaño, eh, pero eran carísimos, y vos sabés cómo está la cosa.

Otro dolor de cabeza fue el salón: quería la mejor ubicación, la mayor capacidad y una entrada gigante, como para un desfile de elefantes más o menos. Todo tiene que ser perfecto para Laurita, decía. Yo por dentro pensaba que me iba a endeudar hasta el 2070.

Al principio, con mis hijos, nos hicimos el plato; la veíamos discutir sola y resolver problemas que ella misma había inventado. Era un show, te lo juro. Pero cuando empezó a pasarse de rosca la tuvimos

que frenar. Sí, se estaba volviendo loca; no dormía, no comía, no se bañaba, de verdad, y no hablaba de otra cosa que no fuese la fiesta.

Por dentro nos debe haber odiado. Seguro pensó en pedirme el divorcio y en desheredar a nuestros hijos. No, no exagero. Pero lo hicimos por su bien. La Estela, mi cuñada, ¿te acordás de ella? Sí, esa víbora. Bueno, ella sabía lo que estábamos planeando y le robó la responsabilidad de la torta. Creo que le dijo que se la iba a encargar a una amiga suya de Buenos Aires que hacía tortas para famosos y políticos, viste cómo es la Estela, bien nariz parada, pero con eso la convenció. Laurita asumió el diseño y elección de su vestido, con ese carácter de mierda que tiene, tan parecido al de su madre. ¿Y yo? Yo me encargué del salón; le dije que tenía uno reservado hacía rato. Y era verdad, había apalabrado el salón del club, viste que el año pasado lo hicieron nuevo y quedó espectacular.

Así la fuimos sacando del armado de la fiesta. No pudimos sacarla del todo, viste, se iba a dar cuenta. Algunas cosas se las dejamos exclusivamente a ella. La lista de invitados, por ejemplo. Invité a quien vos quieras, mamá, le dijo Laurita. Hacé de cuenta que le dio un cheque en blanco, te juro. Pero aunque estuvo bastante ocupada con eso igual se metió en todo lo que pudo: en la decoración, en la iluminación, en el catering, que los mozos sean así y asá, ¡hasta en la música del baile! ¡no te digo que estaba obsesionada! La frenamos todo lo que pudimos, no queríamos que trabajara como una burra, viste. Queríamos que disfrute un poco, al menos.

¡Si hubieras visto la cara de culo que tuvo toda la semana previa! Yo creo que si entraba un chorro en la casa en esos días, salía corriendo de miedo. De verdad, daba miedo. Nosotros andábamos por la casa esquivándola, te lo juro.

El mismo día de la fiesta le pagué un todo incluido en un salón de belleza, ese que está sobre la Alsina, viste. Sí, un poco para que bajara un cambio y otro tanto para que no rompiera las pelotas con el armado del salón. Le di unos buenos mangos a la maquilladora y la entretuvo por horas. Le hizo de todo en la cara y le tiró la lengua, viste que mi mujer para el puterío es terrible. Cuestión que se pusieron a sacarle el cuero a Dios y María Santísima, y se le pasó volando la tarde.

Cuando se dio cuenta... ¡para qué! Me llamó enloquecida para que la fuera a buscar. Yo me hice el boludo y demoré todo lo que pude; al rato fui a buscarla mientras mis hijos iban armando lo que faltaba. ¡Estaba hecha una fiera! Y eso no es nada, se puso peor todavía cuando vio que yo tardaba una eternidad en cambiarme. ¡Vamos a llegar tarde a los quince de nuestra propia hija!, me gritó. Traté de retenerla hasta donde pude y cuando me amenazó con irse caminando hasta el salón, saqué el auto y salimos.

Nunca en la vida la vi tan enojada, no te miento. Yo no me animaba a decirle nada, imagínate; si esa bomba explotaba no había ni fiesta ni torta ni nada. Pero explotó nomás, che. Y sí, si yo iba despacito por la calle como si no quisiera llegar. Claro, se enojó, me empezó a putear de arriba abajo, te lo juro. Y yo la quise calmar. Ahí me la mandé. Bajá un cambio, dije. ¿De qué te reís? Fue lo que me salió en el momento. Ahora lo pienso en frío y sí, es verdad, estuve mal. Por eso reaccionó así. Sí, ahí me embocó. No sabés lo fuerte que pega. No, nosotros jamás nos hemos golpeado. Hemos discutido fuerte, eso sí, pero de ahí a una trompada, nunca. Hasta el sábado. Ves, nunca digas nunca. ¿Qué pasó después? Nada, nos quedamos callados. Hacé de cuenta que íbamos a un velorio, te lo juro.

Cuando llegamos al salón quiso entrar por la puerta del costado, que da a la cocina; sí, quería meterse en lo que pudiera. Pero yo le había pedido a la gente del catering que la cerraran y no le abrieran a nadie. Sí, estaba cerrada. Los puteó de arriba abajo, imagínate. No le quedó otra que entrar por la puerta principal.

Pero cuando entró... no te lo puedo explicar. Fue increíble. ¿Viste cuando te sale todo redondo? Así. Las luces le cayeron encima, la familia la rodeó y empezó a sonar esa canción del Paz Martínez, cómo es que se llama... no, esa no. Bueno, no me acuerdo, pero fue perfecto. Por un momento se quedó congelada, viste, no entendía nada, hasta que vio la torta con su nombre. Sí, de tres pisos y con forma de corazón. Fue la mejor noche de su vida, me dijo llorando. Sí, me pidió disculpas ochocientas veces, pobre, pero a mí el ojo hinchado se me borra en una semana; ella, a la fiesta, no se la olvida nunca más.

¿Ya es la hora? Qué rápido que pasa, che. Tomá tu corpiño. No, el jueves no puedo. Yo te aviso, ¿sí? Bueno, andá con cuidado. Chau, hermosa. Yo también te quiero.

COMENTARIOS DEL JURADO

Antes de hacer un breve comentario sobre el cuento: “LOS QUINCE de LAURITA” premiado con MENCIÓN, quiero resaltar algo sentido por este Jurado, que fue la dificultad que tuvimos en calificar el orden meritorio entre los cuatro trabajos seleccionados finalistas.

Realmente los cuatro merecían la más alta calificación, por lo cual hubo que hilar muy fino para encontrar aquellos aciertos literarios que enriquecían más a uno que a otro.

Volviendo a “LOS QUINCE de LAURITA” debo señalar que es un trabajo que ha cumplido con creces todas las condiciones enumeradas en el Concurso. Y desde el punto de vista literario aún más. Descubrimos un narrador en primera persona, que monologa ante otra haciendo uso de un lenguaje simple, cotidiano, ágil, con ciertas expresiones “callejeras” que no desagradan, sino que atrapan al lector y permiten ambientarlo en tiempo y espacio.

Hay una presentación o historia breve, fundamentalmente de cierto personaje que tiene que ver con el narrador y es quien lleva a cabo todos los entremeses de los preparativos de “la fiesta de cumpleaños”, fiesta que es una pintura social sin desperdicios que remite a reconocer a más de una o un personaje cercano a cualquiera de nosotros. Todo debía ser perfecto, “como si la fiesta fuera propia” pero a veces, es imposible estar en todo...Reemplazos. Desborde violento... El narrador hace una “transferencia” de La fiesta de Laurita... Sorpresas... una sucesión de hechos y situaciones relatados en forma impecable y breve.

Y un “final” genial que “sorprende” mucho más.

Dra. Adriana Nardone de Acánfora

POESÍA

PRIMER PREMIO

VIVEAÑOS

MARISEL ALEJANDRA RODRÍQUEZ

Marisel Alejandra Rodriguez, nacida en Cañada de Gómez, escribe poesía desde los diez años.

Recibió hasta la actualidad más de cincuenta premios literarios en diversos certámenes de cuento y poesía.

Participó en numerosas antologías organizadas por reconocidas instituciones y editoriales. Se destaca su especial inclinación y afecto por la poesía clásica, sin dejar de incursionar en otros estilos y géneros.

Desde hace algunos años escribe poesía para niños, creación que se vio plasmada y concretada en su libro “El duende de Balumba”, publicado en el año 2019.

Estudió y completó, en la escuela de Arte Poético del Conservatorio Literario de Rosario, la carrera de Preceptor Literario.

VIVEAÑOS

SEUDÓNIMO: LORETO

El calendario se empeña en demostrarme que estoy viva,
mientras sigo latiendo en la diástole de las tristezas
y en la pulsión sistólica del deseo.

Inhalo.

Retengo el aire y exhalo sobre el fuego erguido
que se sostiene en la dulzura circular de los rituales.

El reloj continúa con su cíclica misión
de hilvanar estaciones y empujar la vida.

¿Y si me doy un presente?

Me merezco el regalo del instante
para detenerme a contemplar el escondite secreto de mi ombligo,
que fue túnel y milagro, nutriendo portales y raíces.

El sol cumplió, una vez más, con su ronda impecable.

Vuelvo a creer en la desprolija caligrafía impresa en el alma
y me burlo de la perfecta cronología de los números
que se incrustan en el cuerpo,
como si la idea de fragmentar el tiempo demorara finales;

como si el privilegio de permanecer
nos otorgara cuotas de eternidad.

Cumplir es un verbo áspero;
yo prefiero VIVIR años.

Nada que se parezca al deber y la obediencia
amerita ser celebrado.

Me entregaré al derroche de los festejos perpetuos y cotidianos,
olvidando mi llegada
con el mismo vértigo incierto
con que ignoro mi partida.

COMENTARIOS DEL JURADO

Antes de hacer un breve comentario sobre tu obra, quiero resaltar algo sentido por este Jurado, que fue la dificultad que tuvimos en calificar el orden meritorio entre los cuatro trabajos seleccionados finalistas.

Realmente los cuatro merecían la más alta calificación, por lo cual hubo que hilar muy fino para encontrar aquellos aciertos literarios que enriquecían más a uno que a otro.

Valioso poema que trata con sutileza el transcurrir del tiempo...” hilvanar estaciones y empujar la vida” y qué rituales o vivencias lo han permitido. Hay en toda una exactitud que es cíclica: la diástole sigue a la sístole marcando un compás, la inspiración y la espiración tienen su ritmo, la ronda del sol juega al claroscuro con el día y la noche. ¿Acaso oponernos a la cronología es sinónimo de desequilibrio? Permanecer no es garantía de ser eternos por eso el poema invita a desobedecer, a cambiar de verbo, CUMPLIR por VIVIR y festejar dándonos el mejor “presente” sin tener en cuenta cuándo arribamos y cuándo partimos.

¡Exquisito poema!

Dra. Adriana Nardone de Acánfora

SEGUNDO PREMIO

MI FIESTA DE CUMPLEAÑOS

SUSANA BEATRIZ MOYANO

Susana Beatriz Moyano nació en Córdoba, Argentina. Estudió en la Universidad Nacional de Córdoba.

Trabajó como docente en la Enseñanza Media y recibió reconocimientos nacionales e internacionales por relatos y poesías. Es miembro de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) Córdoba capital.

La escritura es su andamiaje y abrigo. Su biografía se completa y se desarticula con cada palabra que toma prestada de la trama dialógica del mundo.

MI FIESTA DE CUMPLEAÑOS

SEUDÓNIMO: CALÉNDULA

La naturaleza me celebra,
envuelve el tiempo en las crisálidas
y lo deja eclosionar
para que aletee mi festejo.

He escuchado la voz de las vertientes
que me hablaban de resurrecciones
y de hendiduras pétreas.

He confiado
en las migraciones de los pájaros
para calibrar los relojes
y predecir el retiro de Venus.

He aprendido a descarriar

el sendero de los vectores sin retorno
para honrar el agasajo de las madre selvas
y el perfume de las palabras.

Le agradezco a los árboles
que cabeceen con mi ritmo,
que dancen con pie descalzo
y me recuerden las rondas de la infancia.

Todos están invitados
al banquete que me ofrecerá la luna,
otra vez madre,
sobre su vientre luminoso y henchido.

Todos están invitados,
como rayos de un mismo haz,
a estrecharse en el abrazo
que me regalará el universo

COMENTARIOS DEL JURADO

El poema invita a que el lector se deleite en un juego armonioso entre lo hecho y lo por hacer. La eclosión de las crisálidas. Las migraciones de los pájaros. La voz de las vertientes... han calibrado el tiempo en un hábil intercambio de acciones.

Un poema construido con un lenguaje luminoso que nada esconde, que entre pasado y presente ofrece festejar la vida con un banquete lunar en el cual el universo se regala.

No cabe la duda ni en la escritura, que es categórica, ni en la intención del poema.

¡Excelente!

Dra. Adriana Nardone de Acánfora

TERCER PREMIO

UN AÑO MÁS, UN DÍA MENOS

BÁRBARA MENA DA COSTA

Escritora autodidacta que encontró en la palabra escrita un refugio, un espacio de búsqueda y una forma de comprender el mundo. Sin haber seguido caminos académicos formales en literatura, ha forjado su voz a través de la lectura incansable, la observación profunda y una sensibilidad que convierte cada experiencia en un acto poético. Su obra se nutre de la memoria, la dignidad humana y los silencios que también cuentan historias.

A lo largo de los años, su dedicación y su estilo directo, emotivo y comprometido le han valido reconocimientos en concursos literarios tanto en España, su país natal, como en otros territorios donde su voz ha resonado con fuerza: Chile, República Dominicana, Argentina, entre otros. Su escritura ha cruzado fronteras no solo geográficas, sino también emocionales, conectando con lectores que encuentran en sus textos una mezcla de crudeza, ternura y verdad.

Concibe la poesía y la narrativa breve como un territorio donde la palabra se convierte en gesto, memoria y resistencia. Para ella, escribir no es solo crear belleza, sino también iluminar aquello que suele quedar en penumbra: las vidas comunes, las luchas silenciosas, las heridas que el tiempo no borra.

En cada texto busca que el lector sienta, recuerde y, sobre todo, comprenda que la literatura es una forma de permanecer.

UN AÑO MÁS, UN DÍA MENOS

SEUDÓNIMO: MAISONTINE

Hay un pastel en la mesa,
pero las velas parecen ojos cansados.
Todos aplauden, como si el ruido
pudiera espantar al silencio que se cuela por las grietas.

El niño sopla,
no sabe aún que los deseos se quiebran
más rápido que el vidrio de un vaso en la cocina.

La abuela sonríe sin dientes,
recuerda a los que no llegaron,
los que se quedaron en fotografías amarillentas.

Hay globos en las esquinas,
hinchados con aire prestado,
promesas que no duran hasta la mañana.

El padre brinda demasiado fuerte,
y el golpe del vaso contra la mesa
parece querer tapar la herida de sus ausencias.

La madre acomoda los platos,
su risa es un abrigo raído,
pero igual arropa.

El adolescente se encierra en el baño,
se mira al espejo como si buscara al intruso,
al impostor que habita en su propia piel.

La música suena alegre,
pero debajo del ritmo late una pregunta:
¿qué celebramos realmente?

Un año más, un día menos,
el tiempo que se nos pega a la piel
como cera derretida.

Y aun así, alguien canta, alguien baila,
porque incluso la melancolía merece un pedazo de pastel.

COMENTARIOS DEL JURADO

Un poema que no apela a la abundante utilización de signos estilísticos, pero que sin embargo es bello por su profundidad en el significado. El símil es la figura que más aparece como así también la metáfora y las imágenes visuales, en estos versos libres y estructurados en estrofas disímiles, aunque con una delicada cadencia y ritmo.

Prioriza el contenido, imperativo que se cumple y obliga a sus lectores a la interpelación. Los versos intimistas y sin estridencias reconstruyen las idiosincrasias familiares y exploran la experiencia de personas comunes, familiares, pero no por esto menos significativas.

Parece que lo que aquí se presenta, la postal cumpleaños típica, ruidosa, estereotipada, tiene sus fisuras. Hay ausencias y roles no cumplidos en este festejo. Y entonces, nos quedamos pensando...

Prof . Mary Borsini Maccari

MENCIÓN ESPECIAL

COLLAR DE SOLES

ROMINA SOLEDAD BADA

Romina Soledad Bada es poeta, escritora, docente e historiadora. Miembro de la Sociedad Argentina de Escritores, Narradores y Afines (S.A.D.E), miembro del Movimiento Internacional Cien Poetas por la Paz y de la Sociedad Argentina de Investigación en Educación (SAIE).

Es autora de seis libros: “InterSer” (2018), “Sense” (2019) de E.R. Editorial, “Diván” (2021), “Tuiteratura” (2022) y “Al vuelo de los colibríes” (2023) de Ediciones del Puente. Y su primera obra infantil “El Secreto de las Estrellas” (2025) de UniRío Editora. Todos recibieron la Declaración de Interés Legislativo, Educativo y Cultural por parte del honorable Concejo Deliberante de la ciudad de Río Cuarto. Además, ha participado en numerosas Antologías Nacionales e Internacionales.

Ganó el 1° premio en la categoría trayectoria académica del Galardón Internacional Prof. Ciro Artemio Constantino Álvarez. Reconocimiento al aporte humanístico del mundo. Otorgado por La Real Academia Internacional de Arte y Literatura (RAIAL) Michoacán, México, 30 de junio de 2024.

Recibió el Galardón Especial Raúl González Galván por la destacada labor social, cultural y humana en el desarrollo de la literatura para la paz y el bienestar del mundo. Otorgado por La Real Academia Internacional de Arte y Literatura (RAIAL - México). 20 de diciembre de 2024.

Obtuvo el segundo premio en el género cuento, por su obra “La llama de la vida” presentada en el X Concurso Literario Nacional “Día de la madre”. Organizado por Campana Amanecer Literario (Buenos Aires, Argentina).

Ha recibido varias menciones de honor en distintos concursos nacionales e internacionales y da talleres literarios.

COLLAR DE SOLES

SEUDÓNIMO: NINA BLANCHF

Será
que cumplir años
no es contar velas
sino soplar los miedos.

Será
que ahora, cuando ya no espero
los regalos envueltos en papel brillante,
recibo otros:
las risas,
los abrazos,
los ojos que me nombran.

Ése es el secreto,

la magia discreta que esconde el tiempo:
cada vuelta del sol
es también regreso
a quien fui,
a quien soy,
a quien me invento.

Todo
es luz que pasa,
luz de un día
en el que aprendo a quedarme
como quien bebe un vino lento,
brindando con las sirenas de la infancia.

No se aprende a festejar.
Apenas
se acostumbra el alma
a soplar la vida
como si siempre fuera nueva.

Será
que ahora, cuando el calendario
parece más pequeño,
agradezco.

No me apuro en llegar.
Llevo los años colgados como faroles
en una fiesta interminable.

Y tanto por soplar aún.

Tanto por celebrar.

COMENTARIOS DEL JURADO

Hay poemas que no buscan deslumbrar, sino acompañar. Collar de Soles pertenece a esa estirpe: una voz que piensa en voz baja, que observa el paso del tiempo y se reconcilia con él. Desde su primer verso *Será / que cumplir años / no es contar velas / sino soplar los miedos*, el poema instala una mirada íntima sobre el rito del cumpleaños. El yo lírico redefine el acto de cumplir años: ya no como suma aritmética, sino como un ejercicio espiritual, una limpieza del miedo y del peso acumulado.

El tono confesional se combina con una serenidad madura. *Será / que ahora, cuando ya no espero / los regalos envueltos en papel brillante, / recibo otros: / las risas, / los abrazos, / los ojos que me nombran*. En estos versos se advierte una sensibilidad que reemplaza lo material por lo afectivo; la madurez no aparece como pérdida, sino como otra forma de abundancia. La enumeración de esos “otros regalos” —risa, abrazo, mirada— es una poética del vínculo, donde la existencia cobra sentido en el reconocimiento del otro.

En cuanto a la creatividad y originalidad, la obra se destaca por su enfoque íntimo y filosófico del tema propuesto. Frente a las representaciones tradicionales del cumpleaños como celebración superficial, la autora o el autor elige un tono contemplativo, donde el crecimiento personal y el reconocimiento del paso del tiempo se convierten en motivo de gratitud. Los versos desplazan el centro de atención hacia los vínculos y las emociones, ofreciendo una perspectiva novedosa y hondamente humana. Uno de los ejes del poema es la relación entre tiempo y autoconocimiento. Ése es el secreto, /

la magia discreta que esconde el tiempo: / cada vuelta del sol / es también regreso / a quien fui, / a quien soy, / a quien me invento. La triple secuencia *fui / soy / me invento* condensa el corazón filosófico del poema: el yo como un proceso continuo de reinención. El paso del tiempo deja de ser una amenaza para convertirse en un espacio de creación identitaria.

El lenguaje, sencillo y transparente, sostiene la hondura del pensamiento. El poema no busca el artificio ni la metáfora rebuscada, sino la emoción que surge de la claridad. La voz poética celebra lo efímero: *Todo / es luz que pasa, / luz de un día / en el que aprendo a quedarme.* Ese verbo final —quedarme— resume la conquista del presente: el aprendizaje de habitar el instante sin huir hacia el pasado ni el futuro. En cuanto a la calidad lingüística, el poema exhibe una escritura depurada, con un léxico claro y poéticamente eficaz. La cadencia del verso libre y la disposición de los encabalgamientos otorgan ritmo y naturalidad a la voz poética. La brevedad de los versos refuerza el tono meditativo y permite que cada imagen adquiera peso y resonancia. La reiteración de estructuras como *Será / que...* funciona como anáfora, aportando cohesión rítmica y un aire de reflexión progresiva.

En la segunda parte, el poema despliega una musicalidad más suelta, casi conversacional. Como quien bebe un vino lento, / brindando con las sirenas de la infancia. La imagen del vino lento, tan sensorial, se enlaza con las “sirenas de la infancia”: un brindis con la memoria, una celebración de la continuidad del ser. Luego, la voz declara con sabia humildad: *No se aprende a festejar. / Apenas / se acostumbra el alma / a soplar la vida / como si siempre fuera nueva.* Esa frase —“soplar la vida”— retoma el gesto inicial de “soplar los miedos” y lo transforma en afirmación vital: de la expulsión del temor a la respiración del asombro.

En cuanto al uso de los recursos propios del género, el texto demuestra un dominio consciente de la metáfora y la imagen poética, sin caer en excesos ornamentales. Destacan la economía expresiva, la armonía de las repeticiones y el cierre de tono esperanzado: *Llevo los años colgados como faroles / en una fiesta interminable. / Y tanto por soplar aún. / Tanto por celebrar.* Esta imagen final condensa la esencia del poema: el cumpleaños no como conteo, sino como celebración permanente del estar vivo. Así, la poesía se vuelve luminosa y serena. Los faroles son símbolo de la luz interior que permanece, y el tono final, lejos de la nostalgia, es de gratitud. No hay final en esta voz: solo continuidad, un aprender constante.

Collar de Soles celebra la madurez sin dramatismo, encuentra belleza en la lentitud y convierte el paso del tiempo en un arte de vivir. Es un poema que se posa en el alma como una respiración honda: suave, luminosa, necesaria y se distingue por su equilibrio entre hondura emocional y precisión formal. Su voz logra transformar la experiencia cotidiana del cumpleaños en una meditación sobre el tiempo, la

memoria y el aprendizaje vital. Es un texto luminoso, honesto y poéticamente sólido, que encarna con plenitud los valores que inspiran este certamen.

Prof. Soraya Righetti

CATEGORÍAS A Y B

INFANCIAS

Y

JÓVENES

PRÓLOGO

María Teresa Andruetto expresa: “Entre los africanos, cuando un narrador llega al final de un cuento, pone la palma de su mano en el suelo y dice: aquí dejo mi historia para que otro la lleve. Cada final es un comienzo, una historia que nace otra vez. Así se abrazan quien habla y quién escucha, en un juego que siempre recomienza y que tiene como principio conductor el deseo de encontrarnos alguna vez completos en las palabras que leemos o escribimos”. Y en estas páginas varios autores nos dejan sus historias para compartir con otros, inspiradas en el concepto de cumpleaños, jugando con las posibilidades expresivas del lenguaje. Así nos encontramos con “Los monstruos de la siesta”, un cumpleaños lleno de aventuras que reúne a los amigos para ir a cazar monstruos en la hora prohibida, la hora en la que el silencio envuelve y aterra. Mientras la aventura sigue en marcha, nos invitan a festejar “Bajo la luz de las velas”, una celebración particular que se siente como una defensa de tesis. Aquí la narración nos plantea ese conflicto constante de la mirada ajena, de las preguntas insistentes sobre las decisiones de la propia vida. Con imágenes delicadas y profundas la analogía del cumpleaños como un examen nos interroga: ¿son propias nuestras decisiones o se encuentran marcadas por el entorno? Seguimos festejando y esta vez con la familia, en “El último cumpleaños de la abuela”, todos reunidos a su alrededor, un secreto develado que cambia la historia. Con comparaciones excepcionales, la abuela, brinda por lo revelado y por la verdad, su verdad, que bendice la memoria. La verdad como el centro del conflicto y todas las preguntas que se abren o cierran a partir de la confesión. “Ya no recuerdo”, un

cuento que enumera los recuerdos borrosos de su protagonista, fragmentos vagos de una mujer que cuenta su pasado, su paso por la vida presente y su final. Desde los comienzos de la humanidad, el misterio aparece para cuestionarnos, como en “Recuerdo, después existo”, un enigmático relato que nos invita a leer hasta el final y releerlo mucho más. A cada paso, la protagonista, como en la vida, debe realizar una elección. ¿Qué hace? ¿Qué elige? Ese suspenso que crece en cada frase y que lleva a la decisión final nos encuentra. Motivos que se repiten, festejos, cumpleaños, celebración, sin embargo, en cada obra toman otras imágenes, otros objetos, otras situaciones. Palabras que cuestionan, preguntas abiertas, paisajes nuevos, silencios. Lo actual se mezcla con lo ancestral, late en el cuerpo el sonido del tambor, de los relatos y el fuego. En “Lucía y los patines nuevos” encontramos esa descripción mágica que nos transforma, que nos lleva a creer en los deseos por cumplir. Patinar hacia nuestros sueños para hacerlos realidad con el apoyo de quienes nos aman. “Kamiare y el triángulo de luz”, también enlaza la magia con la realidad en una danza oscilante del tiempo. Esta historia tiene la particularidad de estar situada en nuestra ciudad, entrelazando nuestro pasado, presente y futuro con la memoria viva, nuestras raíces, nuestra tierra y la naturaleza. En “Los cien de Nana” nos adentramos en una historia conmovedora y transformadora, la protagonista y la historia nos atrapan en un mundo sensorial envolvente con descripciones exquisitas del espacio y el tiempo vivido, la coexistencia del pasado y el presente se funden en el aquí y ahora. Escuchamos que las plataformas digitales de transmisión en vivo están de moda como también los influencer que invitan a cumpleaños ficticios, “Cumpleaños en vivo: la transmisión maldita”, nos cuenta un poco sobre este mundo tan actual. Algo pasa en la celebración que nos mantiene sin aliento hasta el final.

La poesía, como un universo paralelo que encierra en cada verso otros universos de significados infinitos. “¡Feliz cumpleaños a ti!” con rima y musicalidad pinta con letras un colorido momento donde todo es buenos deseos, dulzura y una hermosa fiesta. Festejar “Un cumpleaños feliz” con una atmósfera encantadora aunque esté atrasada la animadora es un plus de humor a la sonoridad de esta poesía. Un regalo de palabras, de ritmos, el tiempo constante que pasa, que pesa, que no se detiene lo encontramos en “El cumpleaños feliz” y “Así es mi cumpleaños”. Brindamos por el tiempo vivido, por estar juntos, las velas que se soplan para pedir deseos que se elevan al universo. El lenguaje es juego, escribir es apropiarse del lenguaje y hacerlo jugar. Así nacen los relatos, el azar en las palabras elegidas puede no construir laberintos de sensaciones, de imágenes, de voces. “Cumpleaños en las sombras”, “Cada 3 de agosto” y “Abrir el presente”, nos llevan por laberintos lingüísticos diseñados desde la exquisitez, el conocimiento, la percepción, la imaginación, las sensaciones, los silencios. Aquí

encontramos la escritura de la vida, de nuestras vidas, de nuestros amores, de nuestros miedos, de nuestros deseos, de nuestros caminos.

Alentarnos unos con otros, animarnos a escribir, animarnos a leer, leernos, te leímos, te leemos y disfrutamos. Para escribir hay que sentir, hay un latir, una latente puja de palabras por decir. Celebremos la escritura.

¡Feliz cumpleaños, Concurso Literario Cora Renard!

CATEGORÍA B

JÓVENES

CUENTO

PRIMER PREMIO

LOS MONSTRUOS DE LA SIESTA

EMILIA CHIARA

Emilia Chiara nació el 23 de octubre del año 2006 en Santa Fe Capital, Argentina. Creció y reside actualmente en la misma localidad. Terminó sus estudios secundarios en 2024, y el año entrante va a comenzar la carrera de Licenciatura en Letras, en la UNL.

Participa en un taller literario coordinado por Tamara Naymark, donde aprende y comparte experiencias a partir de la palabra. En 2022, descubrió el mundo del baile con la danza aérea y contemporánea, que practica hasta el día de hoy, y planea seguir practicando toda la vida. Sus pasiones pasan por ahí, por el arte: la danza, la escritura, la literatura y la música son sus motores de vida, y las lleva adonde sea que vaya.

LOS MONSTRUOS DE LA SIESTA

SEUDÓNIMO: SCHIARLATER

La mesa se puso ese mismo día, adornada con vasos de plástico y globos de todos los colores del arcoíris. Debajo del limonero del patio, que era ya muy grande y estaba lleno de flores blancas de azahar, Rodrigo y la madre habían puesto una mantita cuadrillé. Para que se sienten en la sombra, había dicho ella, y a Rodrigo le había encantado la idea, porque el sol de la siesta le hacía doler mucho la cabeza. Toro, el perro de la familia, tumbó algunas sillas mientras jugaba por el patio. Rodrigo había pedido especialmente que lo largaran para su fiesta, porque era un perro enorme pero más bueno que el pan, y porque seguro se moriría de la emoción al ver cientos de chicos como su dueño correteando por ahí.

La siesta de verano era calurosa, y estaba llena de misterios, y Rodrigo, que cumplía doce años, sentía que ya era lo suficientemente grande como para descubrirlos a todos. Por eso había organizado su cumple en ese horario mítico: ¡hagamos una cacería de monstruos!, les había dicho a sus compañeros, y todos habían estado de acuerdo en que era el mejor plan jamás ideado. Después de muchas quejas y reclamos, sólo algunos pocos padres accedieron a llevar a sus hijos hasta el cumpleaños; los demás se

negaron, o se hicieron los boludos y fingieron olvidar el tema. Rodrigo había llorado dos días completos cuando se enteró de que Lorenzo, uno de sus mejores amigos, iba a faltar a la fiesta. Porque Lorenzo siempre faltaba a todos lados, pero esta era una ocasión distinta y especial: era un cumpleaños importante, ¡doce años no se cumplen todos los días!, le había dicho la madre, y era cierto, pero también era cierto que justo ese día era clave no solo para él, sino también para sus demás invitados. Juntos, iban a descubrir la hora prohibida, la hora de los grandes, la hora en la que nunca nadie había penetrado jamás. Y eso a los padres no les gustaba, les daba miedo, porque significaba duelo y crecimiento y dejar ir.

Cuando llegaron los chicos, Rodrigo ya estaba esperándolos en el patio, bien abajo del limonero. Se había obligado a sí mismo a quedarse ahí hasta que vinieran todos, porque, sino, se creía capaz de acabarse la mitad de las papitas y los chizitos que su mamá había dejado encima de la mesa. Se hubiera comido la mitad de los nervios nomás, porque hambre no tenía: ese mediodía había ido el abuelo a su casa, y había cocinado un asado espectacular. El humo todavía se olía en el aire cuando se escucharon los primeros bocinazos.

Así aparecieron todos sus amigos: delante de bocinazos y autos mal estacionados en la calle de tierra. Los padres, apenas largaban a sus hijos, se iban, impacientes por conseguir dormir aunque fuera unos minutos. Los chicos quedaban contentos, solos y emocionados por la aventura que les esperaba. Comieron algunas boludeces y, sin pensarlo mucho, partieron a los caminos inexplorados del barrio.

Rodrigo lideraba la expedición, como debía hacer todo cumpleañosero, y guió a sus amigos por las calles inundadas de sol. Atrás de todo, Manuel y Juan, que eran gemelos casi casi idénticos y eran ágiles por el básquet, controlaban que ninguno se perdiera o se desviara del sendero. En el medio, los chicos hablaban sin parar. Lautaro, que era el más grande del grupo, contaba de su novia, Clara, que tenía el pelo más rubio de todos y ya iba a la secundaria. Lautaro tenía miedo de que lo vea como un nene, así que, apenas había cumplido los doce, había empezado a ponerse plantillas especiales en los zapatos del colegio para ganar algo de altura. Gino decía que eso era tonto, porque la altura no tenía que ver sí o sí con la edad; a él, por ejemplo, ya le había crecido un poco el bigote, y eso, aunque se tratara de tres pelos locos, sí que era indicio de madurez. Emiliano, que iba más adelante, no dijo nada en toda la travesía; eligió quedarse callado, porque si decía que en realidad él no quería saber nada con hacerse grande, ni con tener bigote ni novias ni nada de eso, seguro que lo trataban de boludo.

El cumpleañosero escuchaba todo desde el silencio, también. Rodrigo ocultaba que la siesta lo aterraba profundamente: fingía tranquilidad al pasar por los negocios cerrados y oscuros, o por algún callejón abandonado. El viejo de la bolsa, la Solapa, o los duendes podían salir de cualquier lugar y en

cualquier momento. Por qué no me traje al Toro, pensó Rodrigo, y se lamentó por no tener los pasos de su perro al lado de los suyos.

Y así pasó una hora, entre caminatas y risas tontas. Pasó la hora nomás, porque nada se asomó entre las paredes de las casas; nada gritó de forma estremecedora, ni rompió en llantos desgarradores. Ni un solo monstruo en toda la travesía. Desilusionados, los chicos se tumbaron en una plaza desolada y sofocante. Ni siquiera se podían usar los juegos, que quemaban como hierro fundido. A Rodrigo le dolía la cabeza por el sol, y ni siquiera las bromas de sus amigos le hacían largar la más mínima sonrisa. Doce años esperé para nada, dijo, enfurruñado, y su voz hizo eco en la calle vacía. ¡Lorenzo se moriría de la risa si nos ve ahora!, carcajeó Juan, y su comentario dio pie a una extensa discusión acerca de por qué Lorenzo nunca iba a ninguna juntada, ni a ningún cumpleaños ni a nada. Que si se había mandado una macana tremenda y ahora estaba castigado de por vida, que si en realidad era una especie extraña de hombre lobo que sólo podía salir para ir a la escuela, o si no se transformaba, que si era un vampiro chupasangre que sólo conseguía controlar su hambre voraz por las mañanas...

La discusión hizo que a Rodrigo le doliera la cabeza todavía más, pero también le dio una idea buenísima. ¡Ya sé!, gritó entre el bullicio de voces, lo vamos a ir a buscar a Lorenzo ahora, que vive por acá cerca. Los demás no tenían idea de dónde quedaba la casa de Lorenzo: habían ido, la tenían de vista, pero ubicarse con calles y números era una cosa muy diferente. Pero como era Rodrigo el que había propuesto el plan, y era él el que cumplía años, el que se hacía grande ese mismo día, decidieron aceptar. Lautaro dijo que sí primero, lo que les dio más seguridad a todos, y después le siguieron los demás. Se formaron igual que antes, y zarparon a la aventura.

Al final, el “por acá cerca” de Rodrigo terminó significando otra buena hora de caminata. El calor hacía que las calles parecieran eternas, interminables, casi tan infinitas como el mar... y ¡qué lindo sería estar en el mar ahora!, pensaba Rodrigo mientras sus amigos se le quejaban atrás. Un mar fresquito, con viento que te vuele los pelos. Pero no hubo ni mar ni mucho menos fresco, porque el sol los abrazó a todos con sus brazos de luz y calor. Y peor los abrazó cuando llegaron a la casa de Lorenzo, porque ahí fue donde atacaron los nervios y el miedo por igual.

Los chicos no habían visto nunca a la mamá de Lorenzo, que siempre andaba con un sombrero grande y negro en la cabeza, y lentes de sol en los ojos. Rodrigo solía decir que parecía una mosca con esos lentes enormes, redondos. Y seguro tenía manos de mosca también, manos chiquitas que limpiaban todo en todo momento, y que se frotaban entre ellas como planeando el más malicioso de los planes. Quizás ese plan era mantener a Lorenzo afuera del mundo y adentro de la casa.

Rodrigo se paró en frente de la casa y dijo: yo lo rescato, con voz decidida, casi caballeresca, y se fue hasta la ventana de la pieza de Lorenzo. Tocó un par de veces el vidrio, que estaba perfectamente limpio antes de que sus manos transpiradas lo tocaran. Tocó más y más fuerte, hasta que Lorenzo corrió una de las cortinas y lo vio. Tenía los cristales de los anteojos empañados, granos en la cara, y la sonrisa más grande del mundo. Rodrigo sonrió también, y se llevó el dedo índice a los labios para decirle que hiciera silencio. Lorenzo abrió la ventana tan despacio como pudo, intentando controlar sus manos temblorosas. Cuando terminó, sacó el primer pie. Rodrigo lo sostuvo del brazo para que no se cayera, pero Lorenzo estaba tan nervioso que, cuando le tocó sacar el otro pie, ni siquiera se fijó en que el primero estuviera bien apoyado. Lorenzo terminó en el suelo; cayó con un ruido fuertísimo. Para colmo, a Rodrigo le dio tanta bronca y tanta risa a la vez, que no pudo controlarse y soltó un ¡si serás boludo! que hizo eco en toda la calle. Se sintió, entonces, el peor de los sonidos: la madre de Lorenzo llamándolo a gritos, las puertas abriéndose, los pasos de taco alto.

Rodrigo y Lorenzo corrieron juntos hasta la puerta. Los chicos quisieron acercarse a abrazarlos; tarea cumplida, pensaban, lo hicimos, lo logramos. Pero en ese momento, la puerta de calle se abrió de par en par. Y por ella, salió la mujer temida, la del gran sombrero y lentes negros, la flaca, alta, rubia y siempre de tacos. Era de siesta, pero ella no parecía de esos grandes que dormían: ella era de los que controlaban.

Apenas la vieron, todos los chicos se largaron a correr. Y corrieron sin mirar atrás, y sin escuchar los gritos de la mujer, que andá a saber qué habrán dicho: no importaba en ese momento. Corrieron y ella no corrió atrás; seguro los tacos no le dejaban.

Me salvaste, le dijo Lorenzo a Rodrigo cuando se pararon un rato a descansar, y Rodrigo sólo sonrió. No le salía decir nada más. Estaba contento. Doce años no se cumplían todos los días, era cierto, y también era cierto que a la siesta, después de haberla conocido, prefería que se la quedaran los adultos. Creo que quiero ser chico un ratito más, pensó, y eso hizo.

Todos volvieron a su casa con paso rápido, desesperados por un poco de torta y gaseosa. Cuando llegaron, Rodrigo sopló las velitas, que eran doce en total, y pidió un deseo del que nadie se enteró. Después vino la foto, donde se coló Toro, que, en un arranque de emoción, estuvo a punto de dejar la torta en el suelo.

La madre de Rodrigo se alegró y preocupó en igual medida cuando vio a Lorenzo en su casa, pero los chicos no se dieron cuenta. Estaban muy ocupados hablando bajo el limonero, en la manta cuadrillé. Y Lautaro habló de la novia, y Gino del bigote, y Emiliano siguió escuchando nomás. Y Rodrigo habló de la siesta, de que no era tan interesante como le parecía antes, “de chiquito”, dijo. Lorenzo se encogió de

hombros; por lo menos un monstruo te encontraste, susurró, como una especie de secreto entre ellos dos, y Rodrigo sonrió. Es verdad, pensó: el monstruo de la siesta tenía ojos de mosca y patitas flacas como las de una garza.

COMENTARIOS DEL JURADO

Es un cuento fresco, dinámico, un relato de aventuras y de exploración que se desarrolla en contextos cercanos para el lector como el patio de una casa, el barrio y espacios verdes. Crea a través del lenguaje imágenes concretas, sensoriales y cercanas. Al leerlo, se saborea la dulzura que despliegan las palabras a lo largo de toda la historia y se visualiza con claridad los recuerdos de la infancia, relacionada a las siestas, sus monstruos y sus aventuras. También hay una pizca de misterio, en torno a uno de los personajes, Lorenzo. Se vislumbra, en distintos hechos narrados, el pasaje de la infancia a la pubertad. Vencer miedos y crecer. El relato desarrolla esa transformación ineludible en el protagonista y sus amigos, así como el héroe que tiene que cumplir ciertas pruebas como muestra de valor, así están estos personajes, enfrentando ese rito de iniciación de hacerle frente a los monstruos. Crecer con la tribu, con amigos y en complicidad. “Estaban muy ocupados hablando bajo el limonero, en la manta cuadrillé. y Lautaro habló de la novia, y Gino del bigote, y Emiliano siguió escuchando nomás. Y Rodrigo habló de la siesta, de que no era tan interesante como le parecía antes, “de chiquito”, dijo. Lorenzo se encogió de

hombros; por lo menos un monstruo te encontraste, susurró, como una especie de secreto entre ellos, y Rodrigo sonrió”.

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros”. Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

SEGUNDO PREMIO

BAJO LA LUZ DE LAS VELAS

INDIRA DE LOS ÁNGELES FLORES SÁNCHEZ

Indira de los Ángeles Flores Sánchez es una estudiante de 19 años de la carrera Ciencias de la Comunicación de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo. Es originaria de San José, Lambayeque, Perú. Desde la infancia desarrolló un fuerte vínculo con los libros, lo que despertó su interés por la creación literaria y el análisis del lenguaje. Su formación combina la escritura, el periodismo y la reflexión sobre los procesos comunicativos, áreas que nutren su estilo y su manera de comprender el mundo. Indira ha participado en diversos espacios académicos y literarios, donde destaca por su sensibilidad, su disciplina y su capacidad para expresar emociones e ideas con claridad.

Actualmente continúa desarrollando su voz como autora, con el propósito de aportar a la literatura y a la comunicación desde una mirada auténtica y profundamente humana.

BAJO LA LUZ DE LAS VELAS

SEUDÓNIMO: INMENSIDAD

El día amaneció como cualquier otro, pero dentro de la casa se respiraba un aire distinto, una tensión que no se veía y, sin embargo, pesaba. Afuera, los vecinos seguían con su rutina: el vendedor de tamales gritaba en la esquina, los colectivos pasaban repletos, un perro ladraba con insistencia. Adentro, sin embargo, todo giraba en torno a una mesa: mantel blanco, vasos alineados, platos esperando, y al centro un pastel que parecía más un expediente que un postre.

Era mi cumpleaños número veintidós, pero yo lo sentía como una defensa de tesis.

Las velas, delgadas y titubeantes, eran micrófonos apuntando hacia mí. Los invitados, sentados en círculo, tenían la solemnidad de un jurado académico. Incluso mi madre, que sonreía al lado del horno, parecía haber ensayado su papel de presidenta de mesa. Y yo, con las manos húmedas y la garganta

seca, debía demostrar que estaba lista, que mi vida hasta ahora valía la pena, que merecía soplar esas velas y continuar.

“Hoy es tu examen final”, susurró mi conciencia, disfrazada de tía entusiasta que me pedía una foto con el pastel.

Los cumpleaños siempre habían sido celebraciones alegres: globos, serpentinas, regalos envueltos en papeles de colores. Pero ahora que estaba en la frontera entre la juventud y la adultez, cada cumpleaños era una evaluación silenciosa. No importaba el canto del “feliz cumpleaños”, lo que importaba eran las preguntas invisibles que flotaban sobre la mesa:

—¿Ya terminaste la universidad?

—¿Tienes trabajo estable?

—¿Y el novio? ¿Y los planes de casarte?

—¿Ya pensaste en tu futuro?

Preguntas disfrazadas de interés, pero que dolían como exámenes sorpresa.

El pastel esperaba frente a mí. Era de chocolate, mi favorito, pero lo miraba como si fuera un documento de cientos de páginas. Tenía que presentar mi tesis: defender la hipótesis de que yo merecía estar aquí, que mis errores, mis miedos y mis noches en vela no me restaban valor.

Mi padre se acercó con un cuchillo en la mano. “Vamos a partir el pastel”, dijo. Pero yo lo sentí como si anunciara la deliberación. El cuchillo brilló bajo la luz, semejante a un acta notarial.

Antes de soplar las velas, me pidieron unas palabras. Siempre ocurre: todos esperan que el cumpleaños diga algo. Agradecimientos, promesas, quizá un chiste para relajar el ambiente. Pero yo solo podía pensar en lo mucho que ese instante se parecía al día en que tendría que sentarme frente a tres profesores y defender un trabajo que resumiera años de estudio.

Respiré profundo. El aire olía a chocolate, pero también a responsabilidad.

Dije:

—Gracias por estar aquí. Sé que un cumpleaños parece una fiesta, pero para mí es un recordatorio de que sigo aprendiendo. No sé si ya estoy lista para “graduarme” de todo lo que la vida me exige, pero prometo seguir escribiendo mi historia, aunque a veces parezca un examen difícil.

Hubo silencio, y luego aplausos. Mi madre lloró un poco, quizá porque entendió que hablaba más allá de la fiesta, que mi discurso era una confesión de incertidumbre.

Soplé las velas. Las llamas se extinguieron como si hubiera aprobado la defensa. Pero en mi interior sabía que ningún jurado externo podía darme la verdadera aprobación: esa debía venir de mí misma.

El pastel fue partido en porciones iguales, como capítulos entregados al comité evaluador. Cada rebanada tenía su peso: recuerdos de años pasados, lecciones aprendidas, proyectos inconclusos. Cuando mordí mi pedazo, sentí que era la rúbrica final: el sabor dulce y amargo de crecer.

Durante la sobremesa, mis primos sacaron la guitarra y comenzaron a cantar. La música alivió la tensión. Era como el protocolo de clausura tras un examen largo y agotador. Me di cuenta entonces de que la vida se parece a un ciclo interminable de cumpleaños y titulaciones: cada año exige demostrar algo, cada etapa pide evidencias, cada sueño necesita argumentos.

Pero también entendí que no todo se trata de pasar o desaprobar. La vida no es solo actas ni evaluaciones. También es canto, risa, abrazos que no necesitan nota.

Al final de la tarde, cuando los globos empezaban a desinflarse y las tazas vacías se acumulaban en el lavadero, me quedé sola frente a los restos del pastel. Observé la mesa desordenada como quien revisa las correcciones de un trabajo entregado. Y me sonreí.

Porque, a pesar de todo, había soplado las velas. Había hablado con mi propia voz. Había aprobado, aunque solo fuera ante mi propio tribunal interno.

Ese cumpleaños, más que un festejo, fue mi pequeña titulación de la vida. Y me prometí que, mientras quedaran velas por encender, seguiría presentando mis exámenes, defendiendo mis hipótesis, escribiendo mis capítulos.

Porque cada cumpleaños es, en el fondo, otra defensa de tesis: el ensayo de que seguimos vivos, de que seguimos intentando, de que aún tenemos algo por decir.

COMENTARIOS DEL JURADO

Esta analogía del cumpleaños con la vida, con el examen, con lo que esperan de uno, presente a lo largo del cuento, moviliza, dispara identificaciones, recuerdos, cala hondo en el lector. El conflicto es entre uno mismo y las expectativas de los demás. Desde el principio, se juega con esa antítesis: el adentro (uno mismo) y el afuera (los demás). Ricas descripciones que repiten esta dicotomía, “lo dulce (el adentro), lo amargo (el afuera)”... La narración es como el relato de un camino recorrido que va avanzando paulatinamente y hace muy llevadera la lectura y lleva a querer leer hasta el final, que cierra reforzando de manera perfecta la analogía:

“Porque cada cumpleaños es, en el fondo, otra defensa de tesis: el ensayo de que seguimos vivos, de que seguimos intentando, de que aún tenemos algo por decir.”

La prosa está llena de recursos: imágenes sensoriales, comparaciones, personificaciones, antítesis, definiciones y analogías personales, auténticas, creativas y sentidas. “Las velas, delgadas y titubeantes, eran micrófonos apuntando hacia mí. Los invitados, sentados en círculo, tenían la solemnidad de un jurado académico (...)”

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

TERCER PREMIO

EL ÚLTIMO CUMPLEAÑOS DE LA ABUELA

ISABELLA PIZARRO DELGADO

Isabella Pizarro Delgado (Palmira, Colombia, 2008) es una autora joven cuya obra se despliega entre la poesía y la narrativa breve. Su escritura explora con particular sensibilidad los territorios de la memoria, el silencio y las emociones que permanecen al borde de lo indecible. Trabaja con imágenes precisas y una voz íntima que indaga en lo frágil, lo vulnerable y las tensiones afectivas que habitan la vida cotidiana.

Ha desarrollado una línea expresiva marcada por la búsqueda de metáforas que revelan aquello que no suele decirse, y por una mirada capaz de convertir la experiencia personal en materia poética. Su proceso creativo combina disciplina, intuición y una exploración constante del lenguaje como espacio de refugio y revelación.

Actualmente continúa ampliando su obra, profundizando en su formación artística y construyendo una voz literaria propia, guiada por la necesidad de nombrar lo que la realidad a veces oculta.

EL ÚLTIMO CUMPLEAÑOS DE LA ABUELA

SEUDÓNIMO: LIMIÉRE NOIRE

La casa amaneció como si hubiera sido vestida por un ilusionista cansado: los globos pendían del techo con un aire mustio, hinchados de un júbilo que parecía prestado; las guirnaldas se mecían con la respiración lenta del viento, y la mesa, cubierta con un mantel bordado por manos ya ausentes, exhibía en el centro un pastel que más que postre era altar. Allí, ochenta velas esperaban el soplo final, alineadas como un ejército diminuto dispuesto a enfrentarse, por última vez, contra la obstinación de la sombra.

El aire olía a azúcar y a polvo antiguo, a flores recién cortadas que intentaban disimular la humedad de las paredes. Desde temprano la familia comenzó a llegar: tías con perfumes demasiado dulces, primos

con risas forzadas, sobrinos que corrían entre las sillas como si la niñez no supiera aún del peso de los silencios. Traían los brazos cargados de regalos envueltos en papeles brillantes, pero en sus ojos viajaba una incomodidad sutil, como si supieran —aunque callaran— que la fiesta no era un festejo, sino un rito de tránsito.

La abuela los recibió desde su sillón, ese trono doméstico que había resistido generaciones y mudanzas, pestes y partos, lutos y navidades. Llevaba un vestido color ciruela, bordado en encajes que parecían raíces de un árbol centenario, y en su mirada había una luz que no pertenecía a este mundo: no era el fulgor de la alegría, sino el resplandor íntimo de quien ya conversa con sus muertos.

La música comenzó a sonar en el viejo tocadiscos del comedor, y las voces, entre brindis y carcajadas, intentaron llenar los huecos que el tiempo había excavado en cada rostro. Sin embargo, el verdadero latido de la tarde no venía de los parlantes ni de las conversaciones, sino de un reloj invisible que nadie veía, un péndulo secreto que oscilaba con la serenidad de lo inevitable.

Y en medio de esa algarabía artificial, ella permanecía quieta, con la sonrisa serena de quien ya ha cruzado todas las fronteras, como si estuviera aguardando el momento exacto para pronunciar la última palabra que aún sostenía el silencio familiar. Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un enjambre invisible. Nadie se atrevió a romper el silencio: la confesión había caído sobre la mesa con el peso de una piedra lanzada a un pozo sin fondo. El eco viajaba de rostro en rostro, buscando un refugio que no encontraba.

El hijo mayor, con la copa aún en la mano, fingió beber para no responder. Sus labios se movieron, pero lo que bebió no fue vino, sino la amarga certeza de que su madre había amado a otro más intensamente que a su propio padre. Una tía se persignó con torpeza, como si en lugar de cruz la mano dibujara un garabato de miedo. Los primos dejaron de masticar, con la carne detenida entre los dientes, petrificados como animales sorprendidos por el fuego.

Los más pequeños miraban a los adultos con ojos enormes, sin comprender del todo las palabras, pero sintiendo la densidad que llenaba la sala. Uno de ellos preguntó en voz baja si ese hijo perdido también debía recibir una porción de pastel. Nadie respondió.

El reloj de pared, que había estado callado durante años, eligió ese instante para marcar las horas con un tañido seco, como campana de duelo. La llama de las velas, aún sin encenderse, temblaba como si ya supiera su destino. Afuera, el viento sopló con tal fuerza que un globo reventó de improviso, arrancando un grito nervioso a los presentes.

La abuela no se inmutó. Su rostro estaba iluminado por una calma extraña, una serenidad que no era de este mundo. Sus ojos parecían mirar a través de la sala, más allá de los muros, como si en el horizonte alguien la aguardara con los brazos abiertos.

“Callé ochenta años —repitió con voz baja, pero firme—. Hoy no callo más. Que este cumpleaños no sea un brindis por lo vivido, sino por lo revelado. La mentira alimenta la fiesta, pero solo la verdad bendice la memoria”.

Entonces se hizo un silencio aún más profundo, un silencio tan hondo que se podía escuchar el temblor de las almas. Era como si la casa misma contuviera la respiración, esperando a que alguien decidiera si ese secreto sería enterrado otra vez o se quedaría flotando para siempre, como un fantasma más entre los retratos colgados en las paredes.

Entonces alguien encendió las ochenta velas, y la mesa se convirtió en un firmamento terrenal. La luz temblaba como un enjambre de luciérnagas prisioneras, y el rostro de la abuela se iluminó con un resplandor de infancia y de tumba al mismo tiempo.

Ella inclinó el cuerpo hacia adelante. Su soplo no fue un gesto frágil de anciana, sino un viento antiguo que atravesó la sala como huracán contenido. Las llamas se apagaron todas a la vez, en un instante único, como si hubiera barrido con un aliento la memoria de una dinastía entera.

El humo se elevó en espirales densas, dibujando formas que parecían letras de un idioma olvidado. Algunos vieron un rostro en esa nube; otros, un abrazo suspendido; los niños, simplemente, lo señalaron como si fuese un fantasma jugando a las escondidas.

Nadie se atrevió a aplaudir ni a cantar. La fiesta había terminado sin haber comenzado. Lo que quedaba en la sala no era celebración, sino la certeza de que esa confesión cambiaría para siempre la forma en que recordarían su apellido, sus mesas familiares, sus historias repetidas en sobremesas interminables.

La abuela regresó a su sillón, sonrió con una dulzura que ya no pertenecía a los vivos y murmuró, apenas audible:

—Ahora sí, estoy completa.

Y cerró los ojos.

El silencio fue tan hondo que todos escucharon cómo se partía un plato en la cocina sin que nadie lo tocara. El humo de las velas siguió flotando hasta la madrugada, impregnando cortinas y paredes, como si se negara a disiparse. Desde entonces, cada vez que alguien entra a esa casa, dice oler en el aire una mezcla de azúcar quemada y despedida.

Fue su último cumpleaños, y también el primero en que la verdad se sentó a la mesa.

COMENTARIOS DEL JURADO

En esta obra de gran calidad lingüística, se narra el último cumpleaños de la abuela y un secreto que será revelado en ese momento. También se cuenta paulatinamente la muerte física de la protagonista y la muerte del secreto, de la hipocresía familiar. Posee comparaciones profundas, imágenes precisas. Tiene una prosa muy cuidada, rica en recursos: comparaciones, imágenes sensoriales, personificaciones, antítesis. Las descripciones están abundan en detalles. Las mismas, en la secuenciación de los hechos, van acrecentando la intriga y el suspenso. Es el primer cumpleaños para la verdad.

“La música comenzó a sonar en el viejo tocadiscos del comedor, y las voces, entre brindis y carcajadas, intentaron llenar los huecos que el tiempo había excavado en cada rostro. Sin embargo, el verdadero latido de la tarde no venía de los parlantes ni de las conversaciones, sino de un reloj invisible que nadie veía, un péndulo secreto que oscilaba con la serenidad de lo inevitable”.

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

PRIMERA MENCIÓN

YA NO RECUERDO

FRANCO PADILLA

Franco Padilla (Paraná, Entre Ríos, 2008) es una prometedora voz en la literatura argentina, interesado en los géneros fantástico y de terror. Recientemente bachiller en Humanidades, canaliza su curiosidad intelectual en narrativas ficcionales que buscan, en algunos casos, generar conciencia sobre situaciones sociales y, en otros, obligar al lector a percibir lo extraordinario en objetos y situaciones de la realidad cotidiana. Su cuento de terror psicológico, "Ya no recuerdo", marca su primera publicación formal, demostrando su habilidad para manipular la percepción y la mente del lector. Franco vive actualmente en Paraná, donde continúa explorando la realidad social y el mundo que lo rodea como fuente inagotable de inspiración para sus próximas historias.

YA NO RECUERDO

SEUDÓNIMO H.V. STERLING

Dicen que hoy cumplí cincuenta y seis. A decir verdad, no soy capaz de recordarlo, siempre les digo que soy mala para los números, pero parecen no escucharme. Temo decirles que, en realidad, no

reconozco a todas aquellas figuras que se presentan para celebrar mi cumpleaños. Los he visto regresar, una y otra vez, en la misma fecha —de la cual no tengo claridad— para darme regalos. Sospecho que, en aquellas otras ocasiones, también fue mi cumpleaños.

Siempre me visita una niña, tomada de la áspera mano de su padre —o al menos ese es el rol que yo le doy a él— y me saludan gratamente. No puedo definir sus rostros, pues han quedado borrosos en la infinitud de mi memoria; aquellos viejos casilleros mentales están tan desordenados en mi interior que no soy siquiera capaz de encontrar los nombres que le corresponden a cada uno de ellos. En realidad, ahora que lo pienso bien, no tengo idea de cómo me llamo yo. ¿Era Susana o Mariana? No, perdón, ninguno de esos. Me parece que, en realidad, me llamo Natalia, como mi vecina. ¿O era yo la vecina de Natalia? No me acuerdo bien, tengo que revisar el papelito que dejé en la mesita de luz, me dijeron que anote mi nombre ahí, así nunca me lo olvido.

Casi me borro de la cabeza a la muchachita. Hay una joven, alta y bella, que me visita los sábados. A veces me molesta un poco que sea impertinente, pues entra en mi habitación siempre que tengo los ojos cerrados, ya casi introduciéndome en el profundo sueño. Igual, no me puedo enojar con ella, es tan tierna y bonita que el cansancio se me pasa en un segundo, y al final terminamos teniendo extensas charlas nocturnales. Me cuenta que anda muy contenta, ella dice que la guerra — de la cual yo nunca estuve al tanto— terminó, y que por fin va a poder ver a su amado, que lo habían mandado allá bien lejos, cerca de Berlín. Le quiere contar que fue papá. A mí me alegra el alma saber todo aquello, pues siento —en lo profundo de mí— que mi vida ha estado llena de malos momentos, y sus experiencias son las únicas capaces de hacerme olvidar aquellos horribles surcos que yo he atravesado. Además, cabe resaltar que tanto la muchachita y yo compartimos el mismo nombre.

A veces se suman otras personas, pero a esas no las registro de nada. Me dan besos en la mejilla, abrazos y abren regalitos. No sé por qué no me dejan hacer eso a mí, me ven como una abombada, y eso me enoja un montón. A veces les digo, pero no me escuchan, y yo no soy muda, eso sí lo recuerdo bien. Sé perfectamente cómo comunicarme, solo me ocurre que a veces olvido las palabras y balbuceo tonterías, pero casi nunca pasa. ¡Ah, ya me acordé, y sin mirar el papelito! Mi nombre es Juliana. Ay, pero eso no tenía nada que ver con lo que estaba contando, pido disculpas a cualquier ente que habite la misma cabeza que yo. Pasa que, en realidad, me dijeron que debo hacer repasos y conversaciones mentales para poder mejorar mi memoria, pero la verdad no sé si está funcionando, me parece recordar que antes estaba mejor, pero esa memoria es igual de borrosa que todas las demás.

Este año mi cumpleaños fue distinto, o al menos creo recordar que nunca había sido así. Empezó primero con la muchachita, que cayó a mi pieza la noche del sábado. Estaba aturdida de tristeza y le

caían enormes chorros de agua de los ojos. Yo no sabía qué hacer, pues nunca la había visto así. A los pocos segundos de entrar me explicó todo: ¡está muerto, nuestro marido se murió, Juliana! ¡Me quedé acá, sola, con el nene en brazos! Yo no entendía nada, nunca me había casado, ni establecí relación alguna con un hombre, pero eso no era importante, tenía que calmarla. Le di muchos besos en la frente y la mimé toda la noche, pues la invité a dormir conmigo. Para cuando desperté, ya siendo —por lógica— la mañana del domingo, ella ya no estaba, lo único que se había dejado era el lacito de seda que siempre usaba para sujetarse el pelo. Como probablemente no iba a venir hasta el próximo sábado, y para no dejarlo tirado, me lo puse yo.

El primero que me saludó fue el portero, al que yo le tiro unos cuantos pesos y él —a cambio— me cuida la casa. Para cuando me vio se largó a llorar, me parece que estaba demasiado linda ese día. Se acercó, me dejó un plácido beso marcado en la frente, dijo “feliz cumpleaños” y luego se fue. Escuché que conversaba con alguien, era entrecortada la información, porque el único que decía cosas era él. Me parece que estaba hablando por el teléfono fijo, pues tengo uno de color rojo en la cocina, normalmente no lo dejo usarlo, pero como era mi cumpleaños seguro que estaba llamando a todos para recordarles.

La nena con su papá fueron los primeros en llegar, ellos también lloraron un montón. Después de tanto tiempo me sentí realmente bonita, no podía creer que la gente reaccionara así a mi belleza. Los otros cayeron unos minutos más tarde, para ese entonces el portero ya me había ayudado a cambiarme. Tengo que hacer un esfuerzo para recordar el maravilloso vestido que me puse, me acuerdo que era un camisón blanco y largo, decorado con embelesadoras flores y un escote espléndido, rodeado de un fino encaje. Todos los que habían llegado pasaban a darme un saludo, un beso en la mano, en la frente o incluso un abrazo; a una se le cayó una lágrima sobre mi camisón, pero no le dije nada, no me quería enojar en mi cumpleaños.

Todo lo otro fue rarísimo, me acuerdo que me ayudaron a moverme, yo estaba segura de que habían preparado una cena magnífica, porque no les vi regalitos en las manos esta vez. También tengo que resaltar que, en relación con la vestimenta, yo era la única de blanco, los otros no se habían empeñado para nada en ponerse algo colorido, pues todos habían optado por el color negro para sus ropas. Ya ahí se me bajaron las ganas de todo, sumado a que cayó a la celebración un tipo gordo, con poco pelo y mirada rara; me inspeccionó un montón de tiempo, y yo se la devolví el doble, me le quedé mirando sin parpadear durante más de treinta minutos, pero después ya no pude cerrar los ojos. En un momento me intentó tocar, yo me escandalicé muchísimo, porque sentí como su fría y gruesa mano me agarraba el muslo. Me aparté rapidísimo, pero la sensación gélida se me quedó impregnada en el cuerpo; sentí que perdí audición, porque le dijo algo al papá de la nena, pero fue tan bajito que no entendí nada.

Después de todo eso me pusieron sobre una mesada de metal, que de paso tenía rueditas. Así fue como me movieron por todo el lugar. Esa parte del festejo no la entendí, pero luego de eso llegamos a un vehículo gigante y me subieron ahí, yo estaba fascinada, seguro esta vez nos íbamos de viaje. No me acuerdo la última vez que salí de mi país, de casa o siquiera de mi pieza. A propósito de eso, ¿en dónde vivo yo? Eso también lo tenía anotado en el papelito, pero ya no estoy en mi habitación, así que no lo puedo ver. De cualquier forma, continuando con lo ocurrido, fui llevada a un extraño lugar, era poco colorido y olía muchísimo a cloro, si es que recuerdo bien ese aroma. Ese olor me hizo pensar que quizás estábamos por entrar en un parque acuático, pero deseché la idea rápidamente, ellos sabían que siempre le tuve miedo al agua. Todo lo otro es un poco borroso, para ser claros, fue —valga la redundancia— demasiado oscuro, pues de alguna manera me cubrieron los ojos sin poner nada sobre ellos. Sentí movimientos, barullo, algunas extrañas maquinas funcionando, pequeños pinchazos en la panza, y luego absoluto silencio. Creo que me quedé dormida el resto de la celebración, una lástima, yo estaba muy entusiasmada.

Espero que el próximo cumpleaños sea más entretenido, aunque no sé cómo voy a poder festejarlo estando debajo de la tierra. A veces siento ruidos retumbantes y pasos que se acercan, pasan unos diez minutos y luego se van; también los escucho llorar, pero yo ya no recuerdo el por qué. En realidad, tengo que preguntar... ¿Qué fue todo lo que dije? Ya no me acuerdo de nada. ¡Qué tonta que sos Mariana! ¡Tenés que hacer memoria! Se acerca mi cumpleaños y yo ya no sé cuándo es. ¿O ya fue? No, estoy segura que no, además acá no tengo regalitos, y todos saben bien que, a Susana — o sea, yo— le encantan los regalos.

COMENTARIOS DEL JURADO

Prosa de gran calidad lingüística, repleta de recursos. Temática de gran originalidad, narrador que sigue esperando regalos, festejos y visitas para su cumpleaños estando bajo tierra...

Reflexión muy sensible sobre el olvido, el recuerdo y los afectos que nos lleva a preguntarnos: ¿cómo se celebra el cumpleaños cuando se está perdiendo la memoria...? ¿Y cuando se está muerto?

Todo lo que encierra y guarda la memoria... Tiempo difuso, idas y venidas en la mente. La muerte desde un antes, durante y después. El personaje que narra desde la despersonalización.

“Espero que el próximo cumpleaños sea más entretenido, aunque no sé cómo voy a poder festejarlo estando debajo de la tierra. A veces siento ruidos retumbantes y pasos que se acercan, pasan unos diez minutos y se van; también los escucho llorar, pero yo ya no recuerdo el por qué”.

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

MENCIÓN ESPECIAL

RECUERDO, DESPUÉS EXISTO

SOPHIE GINESTET GRÜNEWALD

Sophie Ginestet Grünwald, nacida en Argentina en 2010, divide su tiempo entre los estudios, los libros y su mascota. Desde pequeña llenó cuadernos con historias y emociones, y con el tiempo convirtió esa costumbre en su forma favorita de mirar el mundo, encontrando en la escritura un lugar donde sentirse en casa. Hoy sigue escribiendo con la misma ternura y sensibilidad de siempre, construyendo relatos que acompañan a lectores jóvenes como ella.

RECUERDO, DESPUÉS EXISTO

SEUDÓNIMO: ROSS

El día que cumplí quince años, la casa amaneció en un silencio que no había sentido nunca antes. No era el silencio habitual de las mañanas, ese que se cuela entre los crujidos del piso y los murmullos lejanos de la calle; era un silencio pesado, como si alguien lo hubiera derramado por los pasillos y los rincones, ocupando cada espacio libre. Me quedé en la cama, inmóvil, mirando el techo mal pintado de mi habitación, con la respiración contenida, esperando escuchar los pasos arrastrados de mi mamá en la cocina, el golpeteo de la cacerola, o el ruido del televisor que Matías encendía siempre antes de desayunar. Pero no hubo nada, ni siquiera el ruido de los pájaros afuera. El tiempo parecía haberse detenido, y con él, todo movimiento.

Me levanté despacio, sintiendo cómo la madera del piso crujía bajo mis pies, aunque incluso ese sonido parecía amortiguado, como si la casa contuviera la respiración a mi alrededor. Bajé las escaleras con cuidado, cada paso marcando un compás irregular que me hacía temblar un poco. El comedor estaba vacío, sorprendentemente silencioso, sin el murmullo de mamá ni la presencia inquieta de Matías. Sobre la mesa, en el centro exacto, descansaba un paquete envuelto en papel negro, atado con un cordel fino que parecía demasiado delicado para sostener algo tan oscuro. No había tarjeta, no había indicio de su remitente. Solo estaba ahí, esperando.

Me acerqué con cautela, extendí la mano y lo toqué: estaba frío, como si absorbiera mi calor. El corazón me latía en la garganta. Respiré hondo y rompí el papel con cuidado, desatando el cordel. Dentro había un cuaderno de tapas negras y un lápiz gastado, con la punta mordida y astillada. Abrí la primera página y me encontré con una frase escrita en una caligrafía extraña, rígida, que no reconocía:

"Hoy vas a descubrir lo que tu familia nunca pudo decir. Lee y acordate: el tiempo no siempre perdona." Me quedé paralizada, con el cuaderno temblando ligeramente entre mis manos. El aire en la habitación parecía haberse espesado.. Miré a mi alrededor, esperando algún sonido, alguna señal de que alguien me observaba, pero no había nada: ni sombras que se movieran, ni pasos, ni voces lejanas. Solo el cuaderno, abierto frente a mí, como una puerta silenciosa que me invitaba a atravesarla. Cada palabra escrita parecía palpar bajo mis dedos, marcando un ritmo que no era mío, un llamado que no podía ignorar.

Me senté en el sillón, con el cuaderno apoyado en las piernas. Pesaba más de lo que su apariencia dejaba suponer, como si cada palabra escrita cargara siglos de secretos. Las primeras páginas me descolocaron: los mensajes eran cortos, pero cada uno caía sobre mí como un golpe.

"Hace quince años, algo cambió. Algo que nadie te dijo."

"Cada cumpleaños fue una mentira."

"Mira a tu alrededor. Lo que crees real... no lo es."

Leí y releí las frases, sintiendo cómo un escalofrío recorría mi espalda. Cada palabra parecía diseñada para anticipar mis pensamientos, para hacerme dudar de todo lo que creía conocer. La habitación, antes silenciosa, ahora me parecía más cerrada, más opresiva, como si el cuaderno hubiera cambiado el disfraz de mi alrededor.

Pasé las páginas con manos temblorosas. Cada frase parecía escrita por alguien que conocía hasta los rincones más ocultos de mi mente, palabras que rozaban secretos que yo ni siquiera sabía que existían. Un frío extraño se instaló en mi pecho, y mi respiración se volvió corta y contenida. —¿Matías? —llamé, la voz siendo apenas un susurro, rota por el miedo.

El silencio me respondió. No un silencio común, sino uno denso, que parecía apretarme los hombros y retener cada sonido a mi alrededor. Éramos solo yo y el cuaderno, y la sensación terrible de que alguien, o algo, me observaba a través de esas palabras.

Subí las escaleras con pasos cautelosos, sintiendo cómo cada madera crujía bajo mi peso. La puerta de su cuarto estaba entreabierta, dejándome entrever un espacio vacío: la cama hecha con precisión, el aire quieto, y sobre el escritorio, una vela negra apagada que parecía observarme fijamente. Un escalofrío recorrió mi espalda.

Volví a mi propia habitación y me detuve al ver el suelo: velas negras dispuestas en una espiral perfecta, como un símbolo antiguo, y en el centro, un sobre con mi nombre escrito con la misma caligrafía rígida del cuaderno.

"Mirá bajo la cama."

Sentí el peso de algo que me empujaba a seguir, aunque cada fibra de mi cuerpo gritara que no debía.

Me arrodillé lentamente, con el corazón casi en la garganta. Bajo la cama, un pequeño frasco reposaba entre el polvo, y dentro, una llave antigua que brillaba con un destello extraño bajo la luz de la habitación. La tomé con cuidado. No sabía qué puerta abriría, pero una parte de mí lo sabía sin necesidad de pensar.

El cuaderno tembló en mis manos, como si tuviera vida propia, y una de sus páginas se volteó sola, revelando un mensaje que me heló la sangre:

"El cumpleaños no es solo un día. Es una puerta. Decidí si querés cruzarla." Sentí un aire fresco erizarme todo el cuerpo. El aire se cargó de algo que no podía nombrar, y por un instante pensé que el cuaderno me miraba, esperándome para ver qué decisión tomaría.

La puerta del sótano estaba cerrada con un candado antiguo, oxidado por el tiempo. La llave encajó con un clic que sonó demasiado fuerte en el silencio de la casa, como si hubiera estado esperando a que

alguien la usara. Bajé los escalones uno a uno, sintiendo cómo cada peldaño crujía, como si descendiera a otro mundo, ajeno y secreto.

El sótano estaba casi vacío, salvo por un escritorio en el centro, cubierto de papeles amarillentos, fotografías y objetos que no reconocía. Me acerqué lentamente, con la sensación de que algo me observaba desde las sombras. Las fotos mostraban cumpleaños que yo no recordaba; en todas, una figura borrosa, una sombra de mí misma, parecía observar, silenciosa y fija, como si hubiera estado presente en cada momento de mi vida, incluso cuando yo creía estar sola, aunque en realidad nunca lo había estado.

Un ruido detrás de mí me hizo girar de golpe. No había nadie. Aun así, sentí un peso extraño en el pecho, un presentimiento frío y absoluto: alguien había estado observando cada uno de mis cumpleaños.

Recordé una de las páginas del cuaderno: "Hoy descubrirás la verdad sobre tu existencia." El aire del sótano se volvió más denso, cargado, y por un instante tuve la sensación de que cada objeto en la habitación contenía secretos que me acechaban, esperando que finalmente comprendiera.

En un rincón del sótano, una caja de madera llamó mi atención. Nerviosa, introduje la llave en el candado, idéntico al de la puerta, y la giré. El clic resonó en el silencio, y al abrirla, un olor a papel antiguo y polvo me invadió. Dentro había cartas, documentos médicos y fotografías que me hicieron retroceder un paso. Comencé a leer, con extrema atención.

Los informes hablaban de mi mamá, Irene, y de un episodio psicótico ocurrido meses antes de mi nacimiento. Decían que había creado una "presencia" a la que ella misma daba vida, y que creía real... yo.

El mundo que conocía se desmoronó en un instante. No era una nena nacida en la realidad ni tampoco robada como en las películas yankees. No era fruto del amor ni de la casualidad. Era una construcción, un eco de un trauma profundo. Un ser sostenido únicamente por la memoria, la fragilidad y el dolor de quienes me rodeaban. Cada cumpleaños, cada gesto de cariño, cada recuerdo que creía mío, había servido para mantenerme viva en un mundo que, de otra manera, me habría olvidado para siempre.

Me alejé del escritorio, apoyándome en la pared para no caer. El aire se me escapaba de los pulmones y me costaba respirar; el sótano parecía más oscuro, más profundo, como si se extendiera más allá de las paredes que conocía.

—Sofía... —dijo una voz que me hizo saltar. Matías estaba en la escalera, con el rostro serio, sosteniendo un sobre idéntico al que había encontrado yo.

—Sabía que ibas a encontrarlo —dijo, con un hilo de voz.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté, temblando—.

—Tu existencia depende de que la recordemos —contestó—. Cada año, cada cumpleaños, cada recuerdo... te mantiene viva. Si lo olvidamos, desaparecés.

—¿Y vos? —le pregunté con voz insegura—. ¿Vos sos real?

Matías bajó la mirada y permaneció en silencio, como si responder fuera imposible. El cuaderno se abrió solo en su última página, y las palabras parecieron saltar desde el papel hacia mí:

"Elegí: mantené la ilusión o aceptá el vacío."

Todo empezó a desdibujarse a mi alrededor. La casa se volvió un borrón, Matías parecía flotar en la nada, y las fotografías se distorsionaban como recuerdos prestados. Cada cumpleaños que había creído real se transformó en un teatro mental de experiencias ambiguas: vi a mi mamá bebiendo para olvidar, a mi papá ausente en cada gesto, y a mí misma suspendida entre la memoria y el olvido, un hilo frágil que apenas mantenía mi existencia. Respiré hondo, sintiendo cómo el aire volvía a llenar mis pulmones con un peso nuevo, mezcla de miedo y determinación.

Entonces, decidí. Elegí quedarme.

COMENTARIOS DEL JURADO

El cuento despliega una prosa cuidada, con una adecuada secuenciación de los hechos que va generando suspenso de forma escalonada. ¡Una elección en cada paso!

Las descripciones, llenas de ricos recursos, colaboran en la creación de esta atmósfera repleta de misterios, oscuridad, presencias, secretos... La historia te atrapa hacia la oscuridad de ese sótano para poder ver la luz al final.... final revelador con su golpe de efecto:

“Respiré hondo, sintiendo cómo el aire volvía a llenar mis pulmones con un peso nuevo, mezcla de miedo y determinación.

Entonces, decidí. Elegí quedarme.”

Originalidad desde el título, creatividad y calidad lingüística.

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros”.

Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocall

POESÍA

PRIMER PREMIO

CUMPLEAÑOS DE LAS SOMBRAS

ISABELLA PIZARRO DELGADO

Isabella Pizarro Delgado (Palmira, Colombia, 2008) es una autora joven cuya obra se despliega entre la poesía y la narrativa breve. Su escritura explora con particular sensibilidad los territorios de la memoria, el silencio y las emociones que permanecen al borde de lo indecible. Trabaja con imágenes precisas y una voz íntima que indaga en lo frágil, lo vulnerable y las tensiones afectivas que habitan la vida cotidiana.

Ha desarrollado una línea expresiva marcada por la búsqueda de metáforas que revelan aquello que no suele decirse, y por una mirada capaz de convertir la experiencia personal en materia poética. Su proceso creativo combina disciplina, intuición y una exploración constante del lenguaje como espacio de refugio y revelación.

Actualmente continúa ampliando su obra, profundizando en su formación artística y construyendo una voz literaria propia, guiada por la necesidad de nombrar lo que la realidad a veces oculta.

CUMPLEAÑOS DE LAS SOMBRAS

SEUDÓNIMO: LUMIÉRE NOIRE

Hoy la vela no es llama,
es un sol en miniatura ardiendo contra la noche del calendario.

La torta es un planeta pequeño
donde giran los nombres que ya no están,
y cada cuchillo que corta
abre un mapa secreto de ausencias.

Brindo con vasos de silencio,
el brindis suena a campanas que nadie toca,
y en el aire, las serpentinas
caen como serpientes cansadas de bailar.

Me cantan un himno antiguo,
lo entonan voces que no reconozco,
quizá son los ecos de mi infancia
buscando una puerta para volver.

Cumpleaños: palabra que inventó la nostalgia
para recordarme que crezco hacia la ceniza.

Y sin embargo, en medio del banquete de la fugacidad,
una chispa se aferra,

una diminuta rebelión de luz
me dice que todavía respiro,
que cada año es un naufragio, sí,
pero también una costa inédita.

Hoy soplo la vela,
y en el humo escribo mi promesa:
ser memoria y futuro a la vez,
ser fiesta y duelo,
ser mi propio renacer en la ruina.

Nos encontramos ante una poesía repleta de exquisitos recursos que generan belleza: imágenes, metáforas, comparaciones, antítesis... para expresar el dolor profundo ante los recuerdos, las ausencias, la nostalgia, la certeza de envejecer para luego morir... que trae consigo el día de cumpleaños.

“Cumpleaños: palabra que inventó la nostalgia
para recordarme que crezco hacia la ceniza.”

Sin embargo, el yo poético se sobrepone a la angustia y da cabida a la esperanza:

“Hoy soplo la vela
y en el humo escribo mi promesa:
ser memoria y futuro a la vez,
ser fiesta y duelo,
ser mi propio renacer en la ruina.”

Poema que nos conmueve, golpea y traspasa.

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

SEGUNDO PREMIO

CADA 3 DE AGOSTO

DANA MARTÍNEZ

Dana Martínez (2006, Córdoba, Argentina) es una lectora apasionada que desde joven encontró en los libros un espacio de descubrimiento y compañía. Su interés por distintos géneros literario la llevo a desarrollar una mirada curiosa y sensible hacia las palabras.

Hace algunos años, dio paso en la escritura con microrelatos, y más recientemente se acercó a la poesía, atraída por sus lenguajes introspectivos y su forma de expresar emociones difíciles de nombrar.

CADA 3 DE AGOSTO

SEUDONIMO: DEINA

Odio estar lejos
y no hablar cada segundo,
esperar tu mensaje
que llega con tardanza.

A veces hay llamadas,
tan breves que desearía
que nunca terminaran.

Un resumen de tu día
es lo único que obtengo,
Y aun así escucho con calma,
Porque tu voz sacude mi alma.

Odio no verte cada mañana,
viajar tantas horas
para quedarme solo unas pocas.

Tus brazos me envuelven
como una frazada,
Logrando que mi corazón
encuentre cobijo.

Pero lo que más odio de estar lejos,
Es ver cómo, en cada cumpleaños,
poco a poco,

tu cabello oscuro como la profunda noche,
se hace blanco como la pura nieve.

Por eso
te pido mamá,
por favor
deja de soplar la vela cada 3 de agosto.

Es una poesía repleta de antítesis, su rima grita la agonía del yo poético ante el paso del tiempo, que nos va robando lo máspreciado. El final de la poesía es contundente, es un ruego, una imploración de ese yo poético, hacia ese otro que ama y necesita que se quede para siempre a su lado.

“Por eso
te pido mamá,
Por favor
deja de soplar la vela cada 3 de agosto.”

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

TERCER PREMIO

ABRIR EL PRESENTE

SANTINO DEGIUSTI

Santino Degiusti (2006, Santa Fe, Argentina) es un escritor autodidacta dedicado a la exploración de diversos géneros literarios, entre ellos la poesía, el microrrelato y la narrativa. Desde muy joven mostró un profundo interés por la filosofía, la moral y la literatura, influencias que orientaron su obra hacia temáticas existencialistas, reflexivas y estéticas. Sus textos abordan con frecuencia la introspección, el desasosiego y las tensiones que atraviesa el individuo en sociedad. Esta publicación constituye su primera participación en una antología literaria

SEUDÓNIMO: H. WOTTON

Torpes y diminutos dedos tratan de quitar su envoltorio
El mecer de su sonido reverbera en la gran caja
Donde se ciernen las almendradas miradas
En sus estrafalarios colores, en sus resbaladizas manos.

Con denuedo arremeten gráciles hacia ese moño azul
Que pronto se escabulle entre las risas burlonas
Y sus sardónicos bordes con divertidas muecas
Donde todos ríen y él contempla con colérica pasión.

Su brazo se estira para asir con la seriedad debida
A aquél cúbico objeto de tonalidad austera
Que con desinteresada curiosidad escruta
Y que a sus esbeltas manos parece envolver reticente.

Eleva su atareado semblante y allí lo encuentra
Ignora su grisáceo aspecto de frágil conjugar
Su palma íngrima no desea ya fisgonear
Su reloj marca la predilecta hora distante.

Sus encuentros pardos surcan la asidua ignominia
Los pliegues ansían asir su opaca presencia
Los gruñidos dan con el desabrido paquete por el suelo
Un digno carraspear aparta su frente rugosa con desprecio.

Postrado en las cataratas bifurca preciso su bruma
Una pequeña cajita negra lo contempla con ternura
Éste acerca sus achacadas y temblorosas manos
Al abrir el presente se encuentra torpe y diminuto.

Abrir el presente se transforma en un acto sublime en estos versos contruidos laboriosamente, donde la métrica, la rima, la elección del vocabulario es rigurosa. Se resalta el acabado y exquisito trabajo con el lenguaje.

Abrir el presente permite focalizar como en cámara lenta ese instante, describiendo gestos, movimientos, impresiones, estados de ánimo, pasiones que se despliegan junto al deseo y la curiosidad por develar el enigma...

Estos versos nos traen la posibilidad de reflexionar sobre ese instante de ilusión y expectativa, tan humano. Se destaca la originalidad para tratar la temática del cumpleaños, sin nombrarlo y la forma para llevarlo a cabo.

“Con denuedo arremeten gráciles hacia ese moño azul
Que pronto se escabulle entre las risas burlonas
Y sus sardónicos bordes con divertidas muecas
Donde todos ríen y él contempla con colérica pasión.”

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

CATEGORÍA

INFANCIAS

CUENTO

PRIMER PREMIO

LOS CIEN DE NANA

MARÍA VICTORIA BROWN

María Victoria Brown tiene once años. Nació en la ciudad de La Plata, en la provincia de Buenos Aires. Actualmente cursa el quinto grado de la escuela primaria en el Colegio del Centenario de su ciudad natal. Empezó a escribir a los seis años para superar el dolor por la pérdida de su abuelo. Tiempo después, por sugerencia de sus maestros, comenzó a enviar algunos cuentos y relatos a diferentes convocatorias, obteniendo hasta la fecha más de veinte premios en concursos y certámenes literarios tanto nacionales como internacionales. En julio de 2025 editó su primer libro titulado “Historias de mi Universo”. El mismo, compila cuentos y relatos que abordan temáticas como el amor, la empatía, la solidaridad, la justicia emocional y la esperanza. En agosto del mismo año fue nombrada socia honoraria de la Sociedad Argentina de Escritores filial La Plata- SADE, convirtiéndose en la persona más joven de la historia en obtener dicho reconocimiento. El 15 de noviembre se le otorgó el Premio Internacional “Embajadora de la Cadena Mundial para La Paz”. En diciembre fue distinguida con el Premio “Ángel 2025” Revelación en Literatura, galardón que este año se le otorgó a las personas más destacadas de la cultura platense.

LOS CIEN DE NANA

SEUDÓNIMO: PANDA

Desciendo del auto furiosa. Repito por enésima vez que no quiero ir. Mi mamá me vuelve a explicar que su abuela cumple cien años y que pretende que estén todos en la celebración. Me quejo recordándole que me estoy perdiendo la “pool party” de mi mejor amiga, que cumple once. Ella me arrastra hasta el geriátrico. Es una casona antigua. Entramos. Al vernos llegar, mis abuelos, tíos, tíos abuelos y demás familiares nos saludan con sonrisas que percibo algo falsas. Nos acomodamos alrededor de una gran mesa preparada para la ocasión. Corroboro que no tengo con quien jugar, soy la única niña junto a dos primitos que tienen meses de edad. El ambiente es amplio, pero se ve antiguo y desmejorado. El aroma que lo invade me parece nauseabundo. Dos ventiladores de pie intentan aplacar el calor. Varios ancianos, sentados en mesas contiguas, nos observan. Se los ve desgastados. Siento que no quiero estar ahí. Saco mi celular de la mochila, me coloco los auriculares y escucho música. Noto que mi bisabuela Nana se acerca. Camina ayudándose con un trípode. Es menudita y está encorvada. Viste una camisa blanca y una pollera negra, que parecen de otra época, pero se ven impolutas. Está peinada con un rodete y maquillada con rímel y labial rojo mal aplicados. Al vernos, sonrío emocionada. Todos la saludan y le dan regalos. Recibe bombachas gigantes, corpiños, dos camisones, pantuflas, talco y demás obsequios sosos. Al verme, ríe y me besa varias veces.

Nos sentamos a almorzar ravioles con tuco. Nana me pide que me acomode a su lado. Maldigo en voz baja. Le echo la culpa a mi mamá, su nieta favorita, que me hizo heredar la predilección. Me distraigo con un video que miro por mi celular. Empiezo a comer. Alguna tía me pregunta algo, pero no la oigo por los auriculares. Mi mamá me saca el celular. Como enojada. Aburrida, observo a mis familiares. Todos hablan al mismo tiempo y nadie lo hace con Nana, que quedó algo excluida. Come con dificultad, porque las manos le tiemblan mucho. Se mancha la camisa blanca con tuco. Intenta limpiarla con una servilleta de tela y agua, pero la aureola se hace más grande. Los demás no se dan cuenta. Trata de taparse la mancha con un pañuelito que lleva atado al cuello. Siento algo de pena.

Después del almuerzo, sirven flan. Nana saca un pastillero y separa una decena de medicamentos. Los va tomando de a uno. Me pregunto si sentirá miedo a la muerte. Vuelvo a apenarme. Nana observa a mi primita bebé con ternura. Pide alzarla. La mamá se la acerca, pero no le permite tenerla en sus brazos. Ella sonrío, aunque noto su desilusión. Mi tía abuela le pregunta algo, Nana no la oye bien. Se

acomoda el audífono. Le pide que repita la frase, pero la tía ya está en otra conversación. Ella intenta levantarse de su silla, dice que quiere ir al baño. Mi papá la ayuda.

Luego de varios minutos, Nana no vuelve. Me acerco hasta su habitación y entro. La veo parada frente a un espejo manchado de humedad. Con su mano temblorosa, intenta retocarse el labial, pero se le corre todo. Dos lágrimas zigzaguean por su rostro. Me acerco. Ella me dice que está feliz de tenernos a todos, pero que le da pena que sea solo por un rato. La abrazo y la ayudo a maquillarse.

Un rato más tarde, llega la torta. Está cubierta de merengue y tiene una vela encendida con el número 100. Entre todos, entonamos el “Feliz Cumpleaños”. Nana intenta apagar las velas, pero sopla despacio. Le digo que pida tres deseos y la ayudo a soplar. Todos aplauden. Propongo hacerle un “tortazo”, los demás se niegan. Noto que un anciano, vestido de traje, observa constantemente a Nana. Sonríe y le hago señas. Ella ríe divertida. Después de comer la torta, los familiares comienzan marcharse. Nana va recibiendo los saludos de despedida. Tiene los ojos húmedos. Mamá le habla con dulzura y la acaricia. Entiendo por qué es su preferida. Cuando es mi turno de despedirla, la abrazo, siento su cuerpo huesudo que tiembla. Sin darme cuenta, pregunto si puedo quedarme un poco más. Mis papás, sorprendidos, aceptan. Me devuelven el celular y prometen buscarme en unas horas. Los despedimos. Nana, entusiasmada, me invita a jugar al “Chinchón”, un juego de cartas. Nos sentamos junto a una mesa del salón y ella me enseña las reglas. En pocos minutos, me da una paliza. Le pido la revancha, pero me vuelve a vencer. ¡Es una experta! Me enseña algunos trucos para mejorar.

Nana pide recostarse un rato. La acompaño hasta su cuarto. Mientras descansa, ofrezco hacerle un “skincare”. Saco varios productos de mi mochila. Le pongo cremas y le coloco una mascarilla. ¡Se ve muy graciosa! Ella, relajada, me cuenta historias de su juventud. Un rato más tarde, la maquillo siguiendo un tutorial de TikTok ¡Quedó hermosa! Cuando se mira, sonrío asombrada.

Volvemos al salón. Al verla maquillada, varias personas la halagan. Su pretendiente la observa admirado. Pongo el tema “Motinha 2.0” del rapero Dennis en mi celular. Le enseño a Nana la coreografía: es una pantomima sensual de una persona subiendo y andando en una moto. Le explico cada paso. Ella, de apoco, sostenida de su trípode, imita algunos movimientos. Otros ancianos y ancianas la copian. Bailan como pueden; con bastones, sillas de ruedas y trípodes. El pretendiente de Nana se une a su lado. Las enfermeras, divertidas, graban videos. Cuando termina el baile, todos aplauden. Nana me dice que me va a mostrar lo que es una verdadera coreografía y me pide que busque algún baile de Ginger Rogers. Encuentro uno de una película musical de 1935. Nana dice que Ginger, la protagonista, era una verdadera bailarina. Empieza a imitar un baile icónico en una pista de patinaje. Su pretendiente dice que él es su Fred Astaire y la sigue. Todos patinamos sobre hielo. Reímos. Pasamos

temas antiguos y modernos. Nana está imparable. Parece treinta años menor. No deja de sonreír. Mis papás llegan a buscarme. Se sorprenden al ver el espectáculo. Se suman al baile.

Un rato después, mis padres me dicen que es hora de irnos. Saludo a Nana con un fuerte abrazo. Ella me susurra un “Gracias” al oído. Mientras siento su cuerpo calentito sobre el mío, me prometo volver muy seguido para aprovechar y disfrutar al máximo el tiempo que nos quede juntas.

COMENTARIOS DEL JURADO

Conmovedor. Descripciones realistas del espacio y el tiempo vivido, a través de una narradora adolescente. Imágenes profundas llenas de recursos, que desbordan ternura y dulzura en ese acercamiento intergeneracional narrado, que moviliza y atrapa. Las descripciones, repletas de detalles, transportan al ambiente del geriátrico con esa atmósfera de antiguo, de olor a soledad, desesperanza, tristeza, a esos abuelos que esperan que el final llegue. “Me pregunto si sentiré miedo a la muerte” pregunta profunda que nos interpela y nos pone frente a nuestra vida, la manera de vivirla, de disfrutarla o sobrellevarla. “Dos lágrimas zigzaguean por su rostro” Nana está feliz porque están todos en su cumpleaños sin embargo ninguno le presta la atención debida ni habla con ella. La mirada de la bisnieta cambia al notar el vacío de la familia, la bisnieta entra en conflicto consigo misma, entre lo que quiere... y lo que ve y empieza a sentir y descubrir... Vivenciamos así el crecimiento del personaje en relación a la situación que está viviendo. El desarrollo de la historia es paulatino y finalmente transformador.

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

SEGUNDO PREMIO

KAMIARE Y EL TRIÁNGULO DE LUZ

SOFÍA MAGALÍ RODRÍGUEZ

Sofía Magalí Rodríguez (seudónimo Kamiare Magalí) nació el 18 de septiembre de 2014 y vive en Córdoba. Desde pequeña descubrió su amor por la lectura cuando entendió que los libros podían llevarla a mundos nuevos. En la escuela es una excelente alumna, dedicada y siempre dispuesta a aprender un poco más.

Con el apoyo de sus abuelos dio vida a Corazón de Tinta, un taller infantil gratuito de lectura y escritura donde muchos niños comenzaron a crear sus propias historias. Allí, Sofía encontró también su propio camino: obtuvo premios nacionales y escribió cuentos, poesías y haikus. Practica Kung Fu, disciplina en la que alcanzó un nivel avanzado, y ayuda a los más pequeños en las clases.

Le interesa la naturaleza, los animales y los pueblos originarios. De ese vínculo nació su seudónimo, Kamiare, en homenaje y memoria de las raíces cordobesas. Para escribir Kamiare y el Triángulo de Luz investigó leyendas, culturas y problemáticas ambientales locales, inspirándose además en sus frecuentes viajes a Cañada de Gómez, Santa Fe, escenario de esta historia.

Sofía sueña en grande: ser historiadora, arqueóloga, maestra, instructora de Kung Fu, escritora y viajera. Vive su infancia con entusiasmo, rodeada de lecturas, creatividad, amor y amistad.

KAMIARE Y EL TRIÁNGULO DE LUZ

SEUDÓNIMO: KAMIARE MAGALÍ

Era su cumpleaños y Kamiare decidió celebrarlo a su manera: nada de fiesta ni torta. Lo suyo era explorar lugares abandonados y contarlos en su canal de YouTube. Ese día eligió el antiguo casco de estancia de Las Trojas, junto al arroyo de Cañada de Gómez.

Con la cámara en mano saludó:

—¡Hola, exploradores del misterio! Hoy cumpla años y vamos a descubrir qué secretos guarda este lugar.

El arroyo bajaba oscuro, con botellas y ramas podridas. Los basurales crecían sin control. Kamiare, aunque triste continuó.

Entre los muros encontró una piedra oscura con tres estrellas talladas. Apenas la tocó, una brilló. El viento sopló, el agua se volvió espejo y un rayo de luz la envolvió. Cuando abrió los ojos, Kamiare ya no estaba en su tiempo.

El arroyo era cristalino, los campos verdes. En un claro, un grupo de querandíes se reunía en torno al fuego. Una joven se acercó:

—Soy Anelí —dijo con serenidad — Hoy hacemos nuestro ritual de la memoria. Estas tres estrellas unen pasado, presente y futuro, señalando la piedra que sostenía Kamiare y el cielo.

Kamiare comprendió: “Una estrella soy yo, otra es la memoria de Anelí, y la tercera es este lugar que un día será ciudad. Pasado, presente y futuro. Ese es el triángulo de luz”.

El altar estaba listo, los cantos se elevaban, cuando un estruendo rompió la calma. Soldados españoles atacaron el campamento. Uno de ellos arrebató la piedra.

—¡No! —gritó Anelí.

Pero Kamiare reaccionó con un salto valiente: alcanzó al invasor y recuperó la piedra que la regresaría a su presente. En ese instante las tres estrellas se encendieron y una luz cegadora cubrió el lugar. Los soldados retrocedieron, aterrados, y huyeron confusos. En el campamento volvió la calma. Anelí tomó la mano de Kamiare: —Cada vez que estas estrellas brillen, recuerda: la memoria vive en la tierra, en el agua y en la gente que no olvida.

Kamiare cerró los ojos, apretó fuerte la piedra y pidió su deseo de cumpleaños:

“Que nunca se apague la memoria ni la vida de esta tierra.”

Las Tres Marías resplandecieron en el cielo. Cuando abrió los ojos, ya estaba de regreso en su presente. El arroyo seguía contaminado, la basura cubría el suelo y la memoria de los pueblos originarios parecía olvidada. Nada había cambiado... salvo ella.

Entonces lo entendió con claridad: su misión era contar historias, cuidar la memoria y proteger la naturaleza. Como la elegida en aquel ritual, desde su presente a través de las palabras y de su canal.

Ya en su casa, rodeada de su familia y amigos, que le cantaban el feliz cumpleaños, sonrió y pensó que no todo estaba perdido: la gente no era mala, solo debía tomar conciencia. Y en su corazón sintió brillar muy fuerte el triángulo de luz.

FIN.

COMENTARIOS DEL JURADO

Fresco, dinámico, situado en Cañada de Gómez, nuestra ciudad. Introduce referencias históricas. Trabaja con el desplazamiento en el tiempo: presente, pasado, presente, flashback... Tiempo cíclico. Elementos mágicos: “Triángulo de luz”. Piedra como elemento mágico relacionado al tiempo. Tierra, memoria y agua. Tres estrellas. La naturaleza presente.

Transmite esperanza, rescatar la misión de contar historias, cuidar nuestra memoria, lo ancestral de nuestros pueblos originarios. Ser uno con la tierra, con la naturaleza, uno con la Cañada tan nuestra. La conquista, la memoria... Llenas de descripciones ricas en imágenes. Un deseo de cumpleaños compartido para guardar en el corazón:

“Kamiare cerró los ojos, apretó fuerte la piedra y pidió su deseo de cumpleaños: que nunca se apague la memoria ni la vida de esta Tierra...”

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

TERCER PREMIO

EL CUMPLEAÑOS EN VIVO: LA TRANSMICIÓN MALDITA

LUDMILA JAZMÍN BRANDALISSI IMBARRATTA

Ludmila Jazmín Brandalissi nació el 13 de noviembre de 2013 en Córdoba Capital. Desde los cuatro años descubrió una pasión que marcaría su vida: la danza. Con ritmo urbano y reguetón como bandera, convirtió cada coreografía en una forma de contar quién es. Compite a nivel nacional e internacional, representando a su escuela con enorme dedicación y cosechando premios que reflejan su talento, su constancia y su amor por el escenario.

En la escuela y en el Club de Lectura y Escritura Corazón de Tinta, se destaca por ser aplicada, responsable y muy cariñosa. Tiene una firmeza especial en sus ideas, una voz propia que no teme mostrar y que se vuelve evidente en los personajes que crea. Cada cuento suyo guarda un latido rítmico: aunque la historia trate de mundos mágicos, misterios o aventuras, siempre aparece la música, el baile o ese giro inesperado que la define.

Para Ludmi, escribir es otra forma de bailar. Sus relatos tienen movimiento, fuerza, brillo y libertad. Sueña con seguir viajando, bailando y creando historias donde su arte pueda expandirse sin límites. Y quienes la conocen saben que Ludmila camina —y escribe— con la misma potencia con la que pisa un escenario.

EL CUMPLEAÑOS EN VIVO: LA TRANSMICIÓN MALDITA

SEUDÓNIMO: JAZZI SPARK

Tiziana soñaba con que su cumpleaños fuera único. No quería globos comunes ni los juegos de siempre: ella era influencer de TikTok y todo debía ser transmitido en vivo. Preparó su casa con música divertida y una decoración con temática de misterio. Sus quince amigos aceptaron la invitación felices, convencidos de que vivirían la mejor fiesta del año.

Al inicio todo salió perfecto. La cámara mostraba a los chicos bailando, los globos brillando y la torta en el centro de la mesa. Los seguidores dejaban cientos de likes en el chat. Pero pronto algo extraño ocurrió: la cámara comenzó a mostrar cosas que nadie en la sala veía. Sombras deslizándose por las paredes, velas que se apagaban solas, candados invisibles en las puertas.

—Debe ser un filtro nuevo —rió uno de los chicos.

—¡Qué buena idea para la temática! —escribían los seguidores.

Pero no era un filtro. Un ruido horrible los aturdió y, de golpe, todas las puertas y ventanas se cerraron. Intentaron salir, pero era imposible. El miedo se apoderó de la fiesta.

En la pantalla del celular, apareció un mensaje muy extraño: “El portal está abierto. Tienen poco tiempo para escapar”. Tiziana sintió un escalofrío en todo el cuerpo. Intentó cortar la transmisión, pero no pudo. Comprendió algo terrible: solo sus seguidores podían ver las pistas para liberar la casa.

Los comentarios comenzaron a llover:

—“¡Miren la torta, hay números escondidos en la crema!” —“En los globos aparecen letras cuando la cámara los enfoca”.

—“Las ventanas tienen símbolos raros, como candados invisibles”.

Los chicos no veían nada de eso, pero Tiziana sí leía el chat. Tenía que confiar en sus seguidores.

—¡Ayúdenos, no es un juego! —gritó al celular.

Los demás pensaban que aún era parte de la actuación, pero el miedo crecía.

Las pistas llevaron a un hallazgo: las primeras letras de los nombres de los quince invitados formaban un anagrama. El chat explotaba con intentos fallidos, hasta que una seguidora escribió:

—“¡Ordenen los nombres, dicen ABRÍ LA CASA AHORA!”. Tiziana reunió a todos. Los acomodó en el living, uno al lado del otro, según el orden que indicaban los seguidores. Cada nombre era como una pieza que encajaba en un rompecabezas invisible.

Cuando la última letra se acomodó, la casa entera tembló. Los globos explotaron solos, los candados invisibles se rompieron como cristal y la puerta principal se abrió de par en par. Un viento frío recorrió la sala y apagó la transmisión. Los chicos corrieron afuera, respirando el aire fresco de la noche. Nadie se animó a hablar.

Tiziana miró el celular: la transmisión se había borrado como si nunca hubiese existido. Solo quedó un mensaje en la pantalla, escrito: “El portal volverá a abrirse cuando nadie lo espere”.

Fin

COMENTARIOS DEL JURADO

El título anticipa la historia de terror que se desplegará en un contexto actual: transmisiones en vivo, influencer, tik tok, celular, likes, chat... ¡en vivo...! El juego de intercambio entre los que “están en el vivo” y los que están “en vivo festejando el cumpleaños”, crea aún más el suspenso porque... ¿los que transmiten leerán las pistas que les sugieren quienes están mirando?

Misterios, sucesos extraños, pistas que están escondidas en distintos elementos del cumple, anagramas: “Cada nombre era como una pieza que encajaba en un rompecabezas invisible” y acertadas descripciones ricas en comparaciones e imágenes logran sostener el suspenso hasta el final y mantenerte fielmente atrapado.

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

MENCIÓN ESPECIAL

LUCÍA Y LOS PATINES

MARÍA LETICIA PRINS

María Leticia Prins, conocida en Corazón de Tinta como María Kusikuy, nació el 3 de marzo de 2015. Fue una niña muy deseada y esperada, especialmente por su hermano, que soñaba con tener una compañera de aventuras. Desde pequeña mostró una curiosidad luminosa: le encanta experimentar, crear y aprender de todo lo que la rodea.

En la escuela es una excelente alumna y una compañera siempre amable y responsable. Su gran pasión es el patinaje, disciplina que practica con talento y dedicación, encontrando en las ruedas una forma de expresarse y sentirse libre. También comenzó a estudiar inglés, incorporándolo con entusiasmo como un aprendizaje más en su camino.

Leti llegó a Corazón de Tinta gracias a una invitación que la animó a conocer el club, y desde el primer día se enamoró del universo de los libros. Le fascinó explorar historias, imaginar mundos distintos y regalarse ese ratito de creatividad que tanto la inspira.

Hoy, María Kusikuy escribe con la misma frescura con la que patina: con alegría, curiosidad y un corazón que siempre busca nuevos horizontes.

LUCÍA Y LOS PATINES

SEUDÓNIMO: MARÍA KUSIKUI

Lucía ya no era la niña de nueve años que todos conocían en el oasis de Huacachina. Un año atrás, la Princesa del Lago la había elegido para cumplir un sueño increíble: patinar en medio del desierto. Su mensajero, un sapo cantor llamado Merlín, le había entregado unos patines mágicos que abrían un portal secreto a una pista de hielo bajo las dunas.

Gracias a ellos, Lucía había aprendido a creer en lo invisible y a confiar en sí misma. Nadie más lo sabía. Sus padres jamás vieron a Merlín ni a la princesa, pero tampoco volvieron a cuestionar a Lucía: la acompañaban en sus entrenamientos y viajes como si todo fuera normal, aunque en el fondo no entendieran cómo era posible. Ahora estaba por cumplir diez años, y sus padres, convencidos de que los “patines viejos” ya le quedaban chicos, prepararon un regalo especial.

En la fiesta, Lucía recibió un paquete brillante. Al abrirlo, encontró un par de patines nuevos, comunes y sencillos.

—Son para que sigas cumpliendo tus sueños —dijo su mamá. Lucía sonrió, pero en su interior sintió un nudo: aquellos primeros patines, los de Merlín, eran únicos. Ningún otro regalo podría compararse. Esa misma noche, cuando todos dormían, Lucía llevó los patines al lago. El agua brillaba bajo la luna. Y allí estaba Merlín, desafinando como siempre:

—Que los cumplas feliz... —cantó entre risas.

Lucía abrazó a su viejo amigo. —¿Son mágicos estos también? —preguntó angustiada. Merlín asintió ladeando su sombrero raro.

—Tus padres te los regalaron sin saber que este nuevo par, guarda la fuerza de su gran amor y de tu perseverancia. Los primeros te enseñaron a soñar y a creer. Estos te recordarán que nunca estás sola.

—Pero Merlín —dijo Lucía—. Ellos siempre están conmigo.

—No todos los regalos son iguales, Lucía —respondió—, pero cada uno guarda un secreto. Tus padres con este obsequio unieron su amor a tu sueño, y te ayudarán a crecer con confianza.

Lucía se puso los patines y, bajo la luz de la luna, se le dibujaron unas brillantes alas plateadas. Sintió que ambos mundos —el mágico y el real— se unían en un mismo regalo de cumpleaños: la magia de soñar y la fuerza del amor.

Al día siguiente, sus papás la llevaron a entrenar. Ya no dudaban. No necesitaban explicaciones: bastaba verla patinar.

Lucía, en silencio, tocó el collar de perlas que Merlín le había dado tiempo atrás y pensó: “Los sueños crecen, igual que nosotros. Y los mejores regalos son aquellos que hacen brillar lo que llevamos en el corazón.”

COMENTARIOS DEL JURADO

“Un cuento de cumpleaños y sueños mágicos”, como expresa el subtítulo, donde las palabras magia y cumpleaños nos dan idea de deseos, sueños que se hacen realidad. La unión del amor de los padres junto al sueño de Lucía hacen esta historia mágica, desde el apoyo incondicional de los padres “entendiendo el sueño de Lucía”. Lo mágico y lo real se combinan. Su cumpleaños, el regalo y sus sueños marcan la historia y unen a los dos mundos.

Atraviesa el cuento, la sensación de patinar hacia nuestros sueños sosteniendo nuestra pasión con la magia, la perseverancia y el amor familiar.

“Los sueños crecen, igual que nosotros. Y los mejores regalos son aquellos que hacen brillar lo que llevamos en el corazón”

El cuento crea un reconfortante universo de ficción, que invita a creer, soñar y crecer, desde el nombre de personajes entrañables, lugares increíbles, acciones, portales, zapatos mágicos...

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

POESÍA

.

PRIMER PREMIO

¡FELIZ CUMPLEAÑOS A TI!

ALEXANDER ACOSTA

Alexander es un niño con una imaginación fértil que le agrada inventar historias y personajes, su mente es un torbellino de ideas y explora diferentes escenarios. Le agrada expresar sus pensamientos y sentimientos a través de la escritura.

Se entrega con entusiasmo y dedicación a sus escritos y se nota en sus trabajos, le gusta probar nuevas cosas y experimentar con diferentes géneros.

Comparte sus historias con otros y escucha las opiniones y comentarios, piensa en sus escritos y busca la forma de mejorarlos.

¡FELIZ CUMPLEAÑOS A TI!
SEUDÓNIMO: ALEX RAIMBOW

Hoy es tu cumple, qué alegría,
te daría un abrazo todo el día.
Con torta, regalos y muchos colores,
globos, sorpresas y mil sabores.

Te hice esta poesía con mi mejor letra,
aunque me salió medio chueca,
pero va con cariño y con emoción,
¡porque sos genial de corazón!

Espero que rías, que juegues sin para,
que lo pases bien y puedas saltar,
y cuando soples las velas del pastel
¡Pidás tres y uno sea miel!

Feliz Cumpleaños,
te digo otra vez,
aunque ya lo dije
como diez. Te quiero mucho...

COMENTARIOS DEL JURADO

“Te hice esta poesía con mi mejor letra

aunque me salió medio hueca”

Versos para amar y preguntarse: ¿Cuál es la magia encerrada en el escribir de puño y letra una poesía?

Podemos imaginarnos la letra manuscrita medio hueca y se nos entenece el corazón. Cada verso encierra la dulzura y la inocencia de la niñez mostrándonos su amor profundo...

“Espero que rías, que juegues sin parar,

que lo pases bien y puedas saltar,

y cuando soples las velas del pastel

¡Pidas tres y uno sea miel!”

¡A seguir escribiendo!

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

SEGUNDO PREMIO

EL CUMPLEAÑOS FELIZ

ROMINA RAFAELLA COCHACHI

Romina tiene 10 años, nació el 11 de mayo de 2015 en la ciudad de Lima en Perú, cursa el 4to grado de primaria en el Colegio San José de Cluny de Barranco, de la mano de su tutora Miss Maribel Collantes Velazco.

A Romina le encanta leer, declamar, escribir cuentos y poesías.

En el año 2020, a sus 5 años, gana su primer Concurso de Declamación con la poesía titulada “Mariposas Azules” de la autora Edith Mabel Russo.

En el año 2021, ganó en su categoría, el 1er puesto en el Concurso de Literatura Oral “Mi Perú en el Bicentenario”, organizado por el programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima en Perú, con el trabajo titulado “Los Mates Burilados de Cochas Chico”

En el 2022, en su categoría ganó el 1er lugar, en el III Concurso de Libro Cartonero "Conociendo mi Perú" organizado por el programa Lima Lee, de la Municipalidad de Lima en Perú, con el trabajo titulado “Pan de Maíz”

En el año 2023, ganó en su categoría el 1er lugar, en el X Concurso Literario “Leo Todo” organizado por la editorial LIBUT/SM, por la escritura y dibujo de dos textos descriptivos, titulados, César un nombre especial y La Ternura de María Luisa.

En el año 2024, en el I Certamen de Microrrelatos Luna Llena, organizado por la editorial Luna Llena, se publicó su primer microrrelato, titulado “Luna y su amiga La Luna”

En el 2025, ganó el 2do lugar en el II Concurso Literario “Cora Renard”, organizado por La Municipalidad de Cañada de Gómez, con su poesía titulada “Un Cumpleaños Feliz”, siendo el primer concurso internacional que gana.

Y así Romina, seguirá escribiendo hasta poder sacar su primer libro de cuentos y poesías, que es lo que tanto anhela.

EL CUMPLEAÑOS FELIZ

SEUDÓNIMO: PRINCESITA

Globos de oro van flotando y la torta va llegando
Los invitados se van sentando
Y la música empieza sonando
¡Que empiece la fiesta!
Que ya llegó el cumpleaños con un lindo sombrero.

¿No llegó la animadora?
¡Qué más da!
Mira la hora, no llegó la animadora
Que mire la hora.

En bandejas de oro reposan bocaditos
Comen, comen hasta quedar rellenos.

Se juntan todos muy apretaditos
Se soplan las velas y se parte la torta
Y al final todos se llevan un pedacito.

COMENTARIOS DEL JURADO

Ritmo y rimas dan una enorme musicalidad a estos versos para leer en voz alta o ¡cantar!

Imágenes acertadas que llenan de movimiento al poema y algarabía, con una importante dosis de buen humor.

“En bandejas de oro reposan bocaditos

Comen, comen hasta quedar rellenos.”

Transmite la alegría genuina de un sentido cumpleaños, que no debería faltar en ninguna fiesta.

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

TERCER PREMIO

EL CUMPLEAÑOS FELIZ

NAIARA SANTILLÁN

Naiara es alumna de 6° grado de la Escuela Gral. José de San Martín. Se destaca por su responsabilidad y dedicación en las tareas escolares. Muestra un especial interés y gusto por la escritura, especialmente en la creación de narraciones, donde logra expresar ideas y emociones con creatividad. Cuenta con un sólido acompañamiento familiar, lo que favorece su compromiso y continuidad en el aprendizaje.

EL CUMPLEAÑOS FELIZ

SEUDÓNIMO: EL MONO DE LA SELVA

El cumpleaños feliz.

Hoy es tu cumpleaños
y lo vamos a celebrar.

Un lindo “¡Feliz cumpleaños!”
te vamos a dedicar.

¿Qué más te puedo desear
que no sea amor y felicidad?
Ya que Dios da esa gracia
a quien sabe de verdad amar.

Un año más de vida,
que sea un gran tesoro,
lleno de sueños cumplidos
y un futuro de oro.

Hoy brindo por lo vivido,
por lo bueno y lo que vendrá,
porque cada día es un suspiro
que con amor se quedará.
¡Feliz cumpleaños, mi querida mamá!

COMENTARIOS DEL JURADO

Belleza y dulzura dedicadas a mamá en su cumpleaños... Celebración, agradecimiento, ¡buenos deseos a través de bellas imágenes para lo que quede por vivir!

Y un cierre conmovedor...

"Hoy brindo por lo vivido,
por lo bueno y lo que vendrá,
porque cada día es un suspiro
que con amor se quedará.
Como moño de este regalo, el último verso:
¡Feliz cumpleaños, mi querida mamá!"

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli

MENCIÓN ESPECIAL

ASÍ ES MI CUMPLEAÑOS

ALISON OVIEDO

Alison es una niña sensible capaz de captar y expresar emociones y sentimientos de manera profunda y auténtica, no tiene miedo de experimentar con expresiones poéticas, se atreve a compartir sus sentimientos y pensamientos más íntimos a través de sus poesías. Es apasionada, soñadora introspectiva y artística.

ASÍ ES MI CUMPLEAÑOS

SEUDÓNIMO: ALISS PINK

Es el día más especial del año
que llega lleno de colores y muchos regalos
las risas nunca faltan
con mis amigos jugamos y cantamos de alegría.

Así es mi cumpleaños
y lo recuerdo todo el año.
Con el calor de esos abrazos
llenos de amor y cariño de mis seres queridos.

La torta y las velas
es mi momento preferido,
porque estamos juntos y unidos,
este día lo celebro.

Con mi corazón lleno de sueños,
mi deseo es que cada niño,
pueda festejar su cumpleaños
así como el mío.

COMENTARIOS DEL JURADO

Simple y bello. Repeticiones de estructuras que dan ritmo y musicalidad al poema. Imágenes que dan color, alegría y ternura pintando el cuadro completo del cumple. Un deseo colectivo:

“Con el corazón lleno de sueños,
mi deseo es que cada niño,
pueda festejar su cumpleaños
así como el mío.”

Todo lo importante, sentido y genuino de un cumpleaños, queda dentro del poema y se celebra.
¡A compartirlo!

"En primer lugar, hay que escribir, naturalmente. Luego, hay que seguir escribiendo. Incluso cuando no le interese a nadie, incluso cuando tenemos la impresión de que nunca interesará a nadie. Incluso cuando los manuscritos se acumulan en los cajones y los olvidamos para escribir otros". Agota Kristof

Prof. Ma. Belén Bertolatto

Lic. Ivana Munini

Prof. Natalia Tocalli